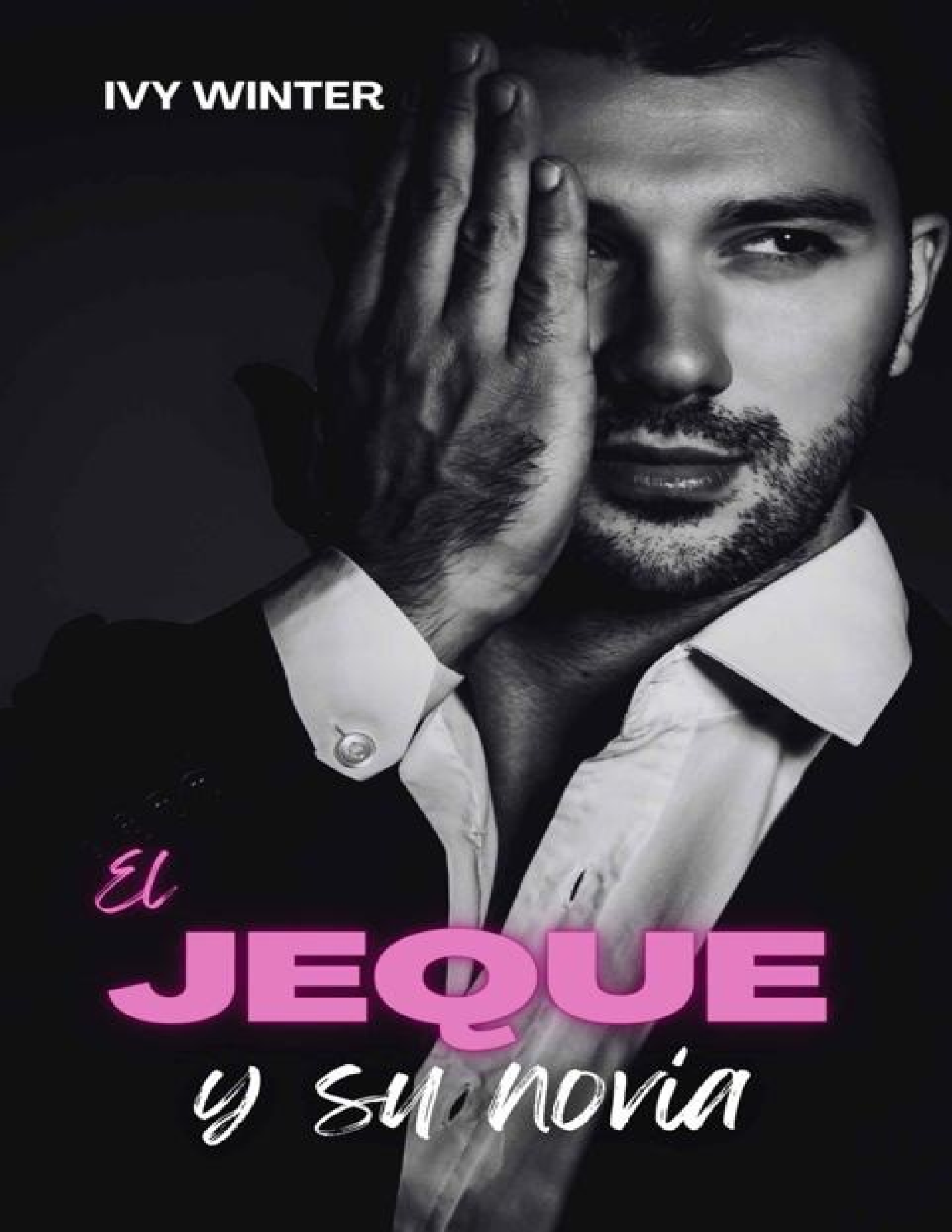
IVY WINTER

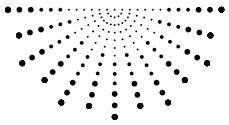


# El JEQUE y su novia

# EL JEQUE Y SU NOVIA

PRÍNCIPES MULTIMILLONARIOS DEL DESIERTO

LIBRO UNO



IVY WINTER

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

# CAPÍTULO UNO



"Estoy seguro de que llegará en cualquier momento", se dijo el Dr. Lewis, balanceándose en su silla y hablando en voz alta para sí mismo. "Probablemente tenga una buena razón para estar en ....". Hizo una breve pausa para consultar su reloj por millonésima vez en la última hora. "Casi dos horas tarde. Ya. Seguro que se ha retrasado con el tráfico, no es de extrañar con la hora punta del mediodía aquí en el desierto".

Lewis sólo expresaba la frustración de todo el grupo. Por desgracia, no había nada que hacer salvo esperar. El jeque Amir al Abbas había accedido por fin a reunirse con ellos, y era él quien tenía todas las cartas. Necesitaban su apoyo si querían que el hospital siguiera funcionando. Al Abbas era el único hombre en probablemente mil kilómetros a la redonda que tenía poder para protegerlos en medio de la encarnizada guerra civil de Sanaar.

"¿Estamos seguros de que ha dicho a la una?", preguntó Leslie al grupo. Como de costumbre, supuso que tal vez sólo había habido un malentendido sobre la cita.

Probablemente estaba tan disgustada por el retraso de Al Abbas como todos los demás. Pero era inútil enfadarse porque el jeque aún no hubiera llegado. Michelle sólo esperaba que no les hubiera dado plantón. Mientras al Abbas la escuchara, estaba contenta.

Había trabajado muy duro para crear esta clínica internacional. Ahora eran uno de los pocos hospitales que seguían funcionando en Sanaar, devastada por la guerra. Claro que no eran más que unas cuantas tiendas de campaña y algunos equipos anticuados, pero la docena de médicos y enfermeras que trabajaban día y noche estaban salvando la vida de cientos de personas inocentes.

En los últimos seis meses, Michelle había tratado casi todas las lesiones imaginables: desde cortes y rasguños hasta huesos rotos y miembros perdidos. Había tratado a pacientes que padecían enfermedades que ya no existían en el mundo desarrollado. Vio a muchos pacientes que estaban al borde del colapso por simple desnutrición. Como médico, Michelle Grange adquirió experiencias que habrían sido inimaginables en Texas.

Como ser humano, sin embargo, ganó mucho más. A pesar de las condiciones en las que se veían obligados a vivir, los sanaari eran unas de las personas más amables y generosas que Michelle había conocido en toda su vida. Estaban muy agradecidos a los médicos de su pequeña clínica de campaña. Aunque no se pudiera hacer nada para salvar a sus seres queridos. Le recordaban

mucho a la gente de su país. Sólo querían vivir su vida en paz.

Así que Michelle esperó en una tienda polvorienta y calurosa a que llegara por fin el jeque. Desenroscó la tapa de su botella de agua. Maldita sea, tenía que hacer por lo menos 35 grados en aquella tienda, lo que significaba que probablemente hacía cerca de 40 grados fuera, al sol.

Apenas pudo resistir el impulso de echarse lo poco que quedaba en la botella en la nuca. Su aspecto no había sido precisamente una prioridad desde su llegada a Sanaar, pero quería parecer lo más profesional posible para la reunión con el jeque. Llevaba su uniforme más limpio y se había lavado el pelo en las duchas de agua fría de la clínica aquella mañana.

Sin embargo, ya estaba sudando a mares. Se había recogido la larga melena rubia, que era su orgullo en Texas, en una trenza apretada para que no se notara lo mal que le quedaba con el calor del desierto. A Michelle se le había acumulado una capa de arena y polvo por todo el cuerpo. No era de extrañar, si había estado trabajando en una tienda de campaña en el desierto todo este tiempo.

Oh, bueno, pensó. Al menos no estaba cubierta de yodo y fluidos corporales como de costumbre. Además, el jeque estaba acostumbrado a las normas de higiene algo inferiores del desierto.

"¡Está aquí!", Mohammed, uno de los camilleros de la clínica, entró por las puertas plegables de la tienda y gritó: "¡El jeque está aquí!".

Todos los que estaban en la tienda se apresuraron a secarse el exceso de sudor y a limpiar las botellas de agua vacías. Antes de que pasara un minuto, dos hombres enormes con traje y gafas de aviador entraron corriendo en la tienda, miraron a su alrededor y se colocaron a ambos lados de la solapa de la tienda sin decir una palabra.

Les seguía el hombre más guapo que Michelle había visto en su vida. Dios mío, pensó, éste no puede ser el jeque, ¿verdad? No podía tener más de 35 años. Amir al Abbas era alto, probablemente mediría al menos 1,90 m, y sus anchos hombros le hacían parecer que pertenecía a un campo de fútbol. Llevaba un traje que incluso Michelle podía ver que era de mucha mejor calidad que el de sus dos acompañantes, que probablemente eran sus guardaespaldas.

Sus ojos se dirigieron directamente a la doctora Lewis. "¿Doctora Granger?", preguntó en voz baja.

Michelle puso los ojos en blanco. Por supuesto, había supuesto que el tipo blanco, calvo y de mediana estatura era el médico jefe.

"Soy el doctor Malcolm Lewis", el doctor Lewis tendió la mano a Sheik. "Y nos alegramos mucho de que estés aquí. Ésta es la doctora Michelle Granger", dijo Lewis señalando a Michelle.

"¿Una ginecóloga?" El jeque parecía divertido.

"Jeque Abbas, en realidad soy patóloga. La doctora Lewis es nuestra ginecóloga". Michelle sabía muy bien que eso no era lo que el jeque había querido decir con "ginecólogo", pero no pudo evitarlo.

"Entiendo", dijo el jeque, poniendo los ojos en blanco.

"Por favor -continuó Michelle-, siéntate. Muchas gracias por aceptar reunirte con nosotros".

Sheik tomó asiento en una de las desvencijadas sillas de aluminio de la clínica. Michelle esperaba que pudiera soportar su enorme cuerpo. Parecía un adulto asistiendo a la fiesta de cumpleaños de un niño.

"He oído que estáis haciendo un trabajo estupendo", dijo Sheikh.

"Gracias. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano para ayudar a los habitantes de Sanaar y hemos progresado mucho. Sólo en los últimos seis meses, hemos tratado a más de tres mil pacientes. Hemos salvado cientos de vidas".

"Pero ahora necesitan mi ayuda", la interrumpió Sheikh.

"Sí", coincidió con él Michelle, "como seguro que sabes, Médicos Internacionales adopta una postura estrictamente neutral en todos los conflictos. Ayudamos a cualquier enfermo o herido que acuda a nosotros. La mayoría de nuestros pacientes son civiles que han quedado atrapados entre los frentes. Pero a veces también acuden soldados. Los tratamos y luego los enviamos de vuelta. Hemos mantenido estrictamente esta actitud durante los dos últimos años. Pero en los dos últimos años hemos tratado a menos de cien soldados, así que en realidad es una parte muy pequeña de nuestro trabajo."

Michelle hizo una pausa. Parecía tener toda la atención del jeque al Abbas, pero él no había respondido en absoluto. No sabía si al menos simpatizaba un poco con su causa.

"En el último mes -continuó-, hemos recibido una serie de amenazas alarmantes del general al Hamar, quien, como estoy segura de que sabes, ha capturado recientemente aldeas de la zona. Nos acusa de ayudar e instigar al enemigo. Esta acusación es totalmente infundada, sobre todo porque hace semanas que no vemos a ningún soldado de la oposición. Nos exige que cerremos nuestra clínica y abandonemos Sanaar inmediatamente".

Michelle realmente esperaba que el jeque se hubiera ofrecido espontáneamente a defenderla en este punto de la historia.

"Sería devastador para la gente de aquí que la clínica tuviera que cerrar", añadió.

"Estoy seguro de que así sería", respondió finalmente el jeque. "¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?".

Así que iba a jugar duro. "Jeque al Abbas. No nos andemos con rodeos. Todos sabemos que eres el único hombre al que ambos bandos de la guerra civil ven como un aliado. Cualquiera que quiera gobernar Sanaar necesita su apoyo. Sólo necesita su palabra. Sólo necesitamos su apoyo verbal y las ridículas amenazas de Al Hamar cesarían. Sanaar necesita esta clínica, jeque al Abbas".

"Lo siento, pareces confundido. Esto es Sanaar. La familia al Abbas forma parte de la casa real de Samarra. Sé que todo Oriente Medio es básicamente lo mismo para vosotros, los estadounidenses, pero Sanaar y Samarra son dos países completamente distintos. Países que tienen su propia cultura y sus propios problemas. Países separados por una frontera que he tenido que cruzar para perder el tiempo aquí en esta tienda esta tarde...."

"Sé que Sanaar y Samarra son países distintos", replicó Michelle, escandalizando no sólo al jeque, sino a todos sus compañeros. "Por favor, jeque al Abbas. Estamos ayudando a miles de

personas inocentes en esta clínica. No te costaría nada apoyarnos verbalmente".

"Me atrevo a decir que no tienes ni idea de lo que podría costarme", replicó el jeque. "Vosotros, estadounidenses engreídos, creéis que podéis enseñarnos a los morenos a ser civilizados, ¿verdad?".

"¡Nunca he dicho eso!"

"¡Pero lo creen! Lo veo en sus caras. Son tan orgullosos e ignorantes. No entienden nada de mi cultura. Pero están seguros de que pueden mejorarlo todo aquí".

"Aquí nadie presume de querer cambiar la cultura, jeque al Abbas. Intentamos salvar la vida de gente inocente". Michelle sabía que debía callarse. Podía ver con el rabillo del ojo cómo sus compañeros se estremecían. Sin embargo, no soportaba que la acusaran de intolerancia y aquel hombre era tan arrogante. Lo único que quería era darle una o dos collejas.

"Bueno, señorita Grange, puesto que sabe tanto sobre nuestra cultura aquí, no necesita mi ayuda. Puedes llevar a cabo tus propias negociaciones con Abdul al Hamar. Que tengas un buen día".

El jeque se levantó de la silla y se dio la vuelta. El doctor Lewis le rogó que se quedara, pero ya era demasiado tarde. Los médicos no pudieron hacer otra cosa que escuchar el acelerado motor del Land Rover del jeque mientras se alejaba a toda velocidad de la clínica envuelto en una nube de polvo.

"¿Qué acaba de ocurrir?", preguntó Leslie en voz baja.

"Creo que Michelle acaba de echar a perder nuestra única oportunidad de mantener abierta la clínica", respondió alguien.

"Yo no he echado nada a perder", replicó Michelle, sorprendida por el enfado de su propia voz. "Es evidente que el jeque Valentino no tenía intención de ayudarnos. Dios sabe a qué juega, pero no le necesitamos. De todos modos, las amenazas del general Al Hamar no son serias; no nos detendrá en serio. Provocaría un escándalo internacional y nunca conseguiría el apoyo que necesita si quiere gobernar Sanaar".

Michelle se levantó de la mesa y recogió sus cosas. "Volved todos al trabajo".

Nadie más se movió. Todos la miraron como si estuviera loca.

"Seguiremos trabajando. Como siempre. No nos dejaremos intimidar por Al Hamar. En realidad no necesitamos el apoyo del jeque. Vuelve a tratar a tus pacientes como si no hubiera pasado nada".

No esperó a ver si alguien seguía sus instrucciones. Michelle salió furiosa de la tienda, bajo el sol cegador del desierto, y se dirigió a una tienda más pequeña que le servía tanto de despacho como de dormitorio. Necesitaba estar sola un momento.

Dios mío, qué descarado había sido aquel hombre. Qué imbécil. ¿Quién se creía que era cuando la acusaba de no tener ni idea? Probablemente ella había hecho más por ayudar a su pueblo que él mismo.

Por su elegante traje y su apuesto rostro, se dio cuenta de que Amir al Abbas era un hombre

acostumbrado a vivir en el lujo. No le cabía duda de que toda su ropa era importada de Europa. Probablemente pasaba la mayor parte del día pensando en cómo gastar su fortuna de mil millones de dólares. En esto o en hacer ejercicio. Debía de pasar mucho tiempo levantando pesas para rellenar aquel traje de la forma en que lo había hecho....

Michelle sacudió la cabeza. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿En serio había estado delirando por el hombre que acababa de humillarla delante de sus compañeros de trabajo? ¿El mismo que se había negado a prestar su nombre al hospital que salvó miles de vidas?

Llevaba demasiado tiempo en el desierto si deliraba por un tipo así. Tenía que volver al trabajo antes de que se le fuera la olla.



# CAPÍTULO DOS



"¿A cabo de hacer el ridículo?".

Michelle limpiaba su equipo al final del día con su mejor amigo en la clínica, Malcolm Lewis. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que su pequeño enfrentamiento con el jeque al Abbas había impresionado bastante al resto del personal. Todos se habían pasado la tarde evitando su mirada. Cuando ella entró en la tienda de descanso, todos los demás recordaron de repente todo tipo de tareas importantes que tenían que hacer en otro lugar. Cuando pidió voluntarios para ir a la aldea, no se levantó ni una sola mano hasta que dejó claro que ella misma no iría.

"Bueno", empezó Malcolm. "Yo no lo diría así".

Michelle gimió. No era la primera vez que era incapaz de mantener la boca cerrada. "¿Realmente estaba siendo racista?"

"No. Desde luego que no", se apresuró a asegurarle Malcolm. "Al menos, no lo creo".

"El jeque al Abbas parecía pensar que sí".

"Sí, no sé qué pasó. Al principio todo parecía ir bien, pero de repente os pusisteis a gritaros. Supongo que debisteis tocar un nervio".

"Sí, el tipo debe de tener problemas. Aun así, ojalá tuviéramos su apoyo".

"¿De verdad crees que estamos a salvo sin él?". Malcolm detuvo su trabajo para mirar a Michelle. Estaba dispuesto a confiar en ella, pero, como la mayoría del personal, también temía las amenazas de Al Hamar. Vivir en una tienda de campaña en el desierto ya era suficiente choque cultural. Ninguno de los miembros del personal de Médicos Internacionales quería averiguar cómo era la vida en las cárceles de Sanaar.

"Estoy bastante seguro de que Al Hamar y sus hombres sólo quieren asustarnos un poco. Tienen mayores preocupaciones que una pequeña clínica de campaña en medio del desierto. Hace semanas que no vemos a ningún soldado de la oposición".

Michelle esperaba por Dios que tuviera razón. No estaba precisamente ansiosa por ver por sí misma el interior de una prisión. Pero no iba a dejarse desanimar por un poco de ruido de sables.

Los sanaari la necesitaban. Además, ni siquiera estaban seguros de que el mensaje de Al Hamar fuera auténtico. Lo habían oído de boca en boca, así que no sabían si realmente procedía del propio general. Por lo que Michelle sabía, no eran más que habladurías.

"¡Oh!" Leslie, la ayudante médica de Michelle, asomó la cabeza en su tienda, "No sabía que estabas aquí. Volveré más tarde".

"No, está bien", exclamó Michelle. "Estábamos hablando de lo mucho que la he fastidiado hoy en la reunión".

"Bueno -replicó Leslie, uniéndose a ellas junto al fregadero-, no puedo decir que te culpe. Sinceramente. Creo que nunca había visto a un hombre tan guapo".

"¿En serio?" Michelle se erizó. "No lo sé." Intentó sonar como si estuviera considerando despreocupadamente la observación de Leslie. Sin embargo, estaba claro para cualquiera que pudiera ver lo atractivo que había sido el jeque. "Supongo que no es mi tipo". Michelle se estremeció al ver lo forzada que había sonado aquella afirmación. Lo último que necesitaba era que sus compañeras pensaran que había perdido la calma por el atractivo rostro de Al Abbas.

"Venga ya", se rió Leslie. Michelle pudo ver que incluso Malcolm tenía una sonrisa en los labios, ese traidor.

"¿No es tu tipo?" Leslie se burló de Michelle: "¿Así que alto, moreno y guapo no es tu tipo? ¿Quién es tu tipo? ¿El Dr. Herbert?

El Dr. Herbert era el médico jubilado que dirigía las actividades de recaudación de fondos de Médicos Internacionales. Tenía al menos ochenta años y posiblemente cerca de los noventa.

"Prefiero salir con el Dr. Herbert que con ese jeque", replicó Michelle. "¿En serio? Un ginecólogo", imitó perfectamente al jeque con voz grave.

"Vale", admitió Leslie, "quizá el jeque era un poco.... remilgado. Pero no puedes negar que era todo un galán. Si hubiera sabido que iba a tener ese aspecto, me habría puesto rímel".

Michelle y Malcolm se rieron de la forma en que Leslie hablaba efusivamente del jeque al Abbas. "Caramba, Les, si te hubieras puesto el rímel. Probablemente ahora estaríamos aquí sentados, relajados, con un equipo de seguridad completo y quizá algún equipo nuevo".

Todavía se estaban riendo cuando Mohammed entró en la habitación, esta vez con malas noticias: "¡Doctor Grange!", gritó sin aliento. "¡La necesitamos en urgencias! Es Rozul, todo el pueblo está ardiendo. Tenemos quemaduras e inhalación de humo. Necesitamos a todo el mundo de guardia esta noche".

Michelle siguió a Mohammed hasta la tienda de emergencias, Malcolm y Leslie terminaron de limpiar rápidamente. "¿Qué ha pasado?"

"No lo sé", respondió Mohammed. "Es terrible, hay ancianos y niños pequeños con ellos".

Los dos entraron en la sala de urgencias y Michelle se sorprendió y entristeció al ver las tres docenas de camas ocupadas, así como varias personas más, evidentemente enfermas o heridas, sentadas en el suelo. Mohammed tenía razón. Las personas que ocupaban las camas eran todas civiles y muchas de ellas eran muy ancianas o muy jóvenes. Ya podía ver algunas quemaduras

graves. Rozul estaba a más de treinta kilómetros, así que no se sabía cuánto tiempo habían sufrido estas pobres personas.

Michelle iba de cama en cama, examinando las heridas y ciertos procedimientos de tratamiento. Tenía que protegerse del sufrimiento que la rodeaba; oía los lamentos de niños y padres y podía oler la carne quemada de la gente. Ya sabía que algunos de los más débiles probablemente no sobrevivirían.

Por encima del estruendo de llantos y gemidos, oyó algo que le produjo un escalofrío: Hombres gritando en árabe. Michelle no entendía ni una palabra. Una deficiencia de la que se había arrepentido profundamente en los últimos seis meses, pero pudo entender por el sonido que aquellos hombres estaban muy enfadados.

No pasó mucho tiempo antes de que un grupo de soldados armados irrumpiera en la sala de urgencias.

"¡Sacad a estos hombres de aquí!", gritó Michelle a la multitud. "¡Todos estos pacientes son susceptibles de infectarse! Ésta es una zona restringida".

"¿Quién es Grange?" gritó en la tienda un hombre bajo, barbudo y con un acento muy marcado. "¿Quién de vosotros es Grange?"

"Soy la doctora Michelle Grange", respondió Michelle, quitándose los guantes de goma. "¿Quieres explicarte inmediatamente?"

El hombre barbudo miró a Michelle, se rió, la agarró por el codo y la hizo girar. "Quedas detenida", replicó, colocándole un par de esposas metálicas en las muñecas.

"¡Para!" Malcolm intentó intervenir. "Estoy seguro de que se trata de un malentendido. Deja que termine...."

"¿También quieren ir a la cárcel?", preguntó el barbudo.

"No pasa nada, Malcolm, estoy bien. Ocúpate de esta gente y volveré más tarde".

Aunque su instinto le decía que probablemente no.

"¿Estás segura?" Michelle oyó que Malcolm llamaba inseguro a su espalda, pero el hombre barbudo ya la estaba arrastrando hacia un jeep que la esperaba.

La empujó al asiento trasero y se sentó a su lado, dándole un golpecito en el hombro al conductor para que supiera que era hora de irse. El viejo jeep dio una sacudida al arrancar y Michelle fue conducida a la negra y oscura noche con las manos atadas a la espalda.

Al cabo de unos minutos, apenas podía distinguir las luces de la clínica a lo lejos. El jeep estaba rodeado de oscuridad, no había farolas en medio del desierto y el conductor debía de tener años de experiencia conduciendo en completa oscuridad. El jeep retumbó por la vieja carretera mientras los pasajeros hablaban entre sí en árabe, ignorando las preguntas y peticiones de Michelle.

Siguieron recto durante lo que Michelle supuso que serían al menos dos horas, antes de girar bruscamente a la izquierda por un camino de tierra más pequeño. El jeep se balanceó y rebotó

sobre escombros y rocas, y a Michelle se le entumeció el trasero. Le dolían los hombros mientras le sujetaban las manos a la espalda. Estaba completamente agotada.

Cuando llegaron a una alambrada vigilada, lo único que Michelle quería era dormir. Bueno, tal vez liberar primero los brazos y luego dormir. El conductor le dijo algo al guardia en árabe, luego ambos hombres miraron a Michelle y se rieron.

El jeep atravesó la verja y se detuvo ante una enorme estructura de hormigón con pocas ventanas. Todo el edificio estaba rodeado de focos y Michelle pudo ver guardias patrullando.

El hombre barbudo abrió la puerta y sacó a Michelle del jeep. Cayó de rodillas e intentó ponerse en pie. Intentó mirar un poco a su alrededor para averiguar dónde estaba, pero enseguida la arrastraron hasta el edificio de hormigón.

Dentro, la condujeron por un largo y polvoriento pasillo iluminado por una serie de bombillas desnudas y parpadeantes. Las polillas revoloteaban alrededor de cada luz y Michelle no podía oír nada, salvo el sonido de sus propios pasos y los de los pocos hombres que la acompañaban.

Pareció que caminaban eternamente antes de llegar a una puerta al final del pasillo. El hombre barbudo la abrió y la empujó dentro. Se sorprendió al tropezar con una alfombra espesa y frondosa. Sus ojos vagaron por los diseños que se arremolinaban bajo sus pies y se sintió mareada por un momento.

Alguien dijo algo en árabe y por fin le quitaron las esposas. Se llevó las manos a la parte delantera del cuerpo y giró los hombros mientras se frotaba las rojas abrasiones de las muñecas.

"Por favor", le dijo alguien en perfecto inglés, "siéntate".

Por fin, Michelle levantó los ojos y reconoció un rostro que sólo había visto en las noticias. El general Al Hamar. Allí estaba, en carne y hueso. Parecía más viejo que en las fotos, y más delgado, pero seguía siendo un hombre intimidante. "General Al Hamar", dijo Michelle en voz alta, más por reconocimiento que por saludo.

"Sí", respondió él. "Y usted debe de ser la doctora Granger. Encantada de conocerte. Siento que no nos hayamos conocido en circunstancias más felices".

Michelle tomó asiento frente al general. Se dio cuenta de que su despacho estaba lleno de muebles pesados y finos de madera maciza. Sus paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros en inglés y árabe. Incluso vio algunos libros en francés. Para ser un hombre que dirigía un ejército comunista, al Hamar parecía apreciar las cosas buenas de la vida.

"Entonces", empezó Al Hamar, golpeando con los dedos sobre su escritorio, "¿por qué desobedecisteis mi orden?".

"Señor, no pretendíamos faltarle al respeto. Como seguro que sabes, Médicos Internacionales no tiene afiliación política. Atendemos a cualquier persona enferma o herida que necesite nuestra ayuda".

"Hay miles de millones de personas en este mundo que necesitan ayuda médica, doctor Granger, y usted ha elegido dársela a los enemigos de Sanaar". El general golpeó el escritorio con el puño. "¡Peor aún, les has apoyado en suelo sanaariano! ¡Después de que os ordenara expresamente a ti y a tus colegas que os marcharais! ¿Sabes lo que hicieron los hombres a los que abastecías?

¿Sabías que esos hombres violaban a ancianas y asesinaban a niños?".

"¡Señor! ¡Hace semanas que no vemos a ningún soldado! Estamos atendiendo a los aldeanos y a las víctimas de la guerra!"

"¡Mentira!" El general volvió a golpear su escritorio. "Cuando os detuvieron hoy, os pillaron tratando a los enemigos de Sanaar".

"¿Cómo dices?" Michelle podía oír cómo su propia voz se hacía más fuerte. Sabía que tenía que actuar con calma, pero no podía evitarlo.

"La gente de Rozul ofrecía protección a los combatientes enemigos. Les dimos a elegir: Entregar a los insurgentes o quemar el pueblo. ¡Fue su propia elección! Eligieron ver arder su aldea".

"¡Esto es indignante!"

"¡No te atrevas a levantar la voz contra mí! No soy tu amante al Abbas!"

Los ojos de Michelle brillaron.

"Así es -continuó-, sé que eres su putita. Dime Granger, ¿cuál es tu relación con el jeque?".

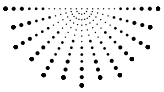
Michelle tuvo que pensar rápidamente. Por lo visto, el general se había enterado de su encuentro con el jeque al Abbas, pero al parecer no sabía toda la verdad. Pensaba que al Abbas era una especie de amigo suyo, y ella sospechaba que aquella relación imaginaria podría estar protegiéndola.

"Se podría decir que somos amigos", respondió tímidamente, intentando dar a entender que tal vez sólo tuvieran una relación sentimental. Sabía que al Hamar probablemente descubriría pronto la verdad, pero si jugaba bien sus cartas, podría conseguir que él la liberara primero.

El general sonrió y sacudió la cabeza como si ella acabara de confirmarle algo que sospechaba desde hacía tiempo. "Fíjate. Qué valiente. Como un hombre. ¿Quieres actuar como un hombre? Entonces quizá deberíamos tratarte como a un hombre". Pulsó un botón de su teléfono y dijo algo en árabe.

Dos guardias entraron en el despacho y agarraron a Michelle por el codo. Al Hamar les dio una orden, luego uno de ellos repitió la orden con cara de confusión. Al Hamar volvió a gritar la orden y los dos guardias desaparecieron con Michelle a cuestas, sin querer disgustar más a su jefe.

# CAPÍTULO TRES





Los guardias parecían muy jóvenes, no mucho mayores de 16 años. Ambos se negaron siquiera a dirigir una mirada a Michelle. Ella intentó hablar con ellos, pero ni siquiera la miraron un momento. No sabía si se sentían mal por lo que estaban haciendo o si les daba asco. Quizá fueran ambas cosas. La condujeron por otro largo pasillo y a través de una puerta a una parte mucho más ruidosa del edificio. Todas las puertas de este pasillo tenían pequeñas ventanas y Michelle pudo ver un par de ojos en cada una de ellas, mirándola mientras avanzaba por el pasillo.

Oía muchos gritos en árabe, algunas risas e incluso algunos silbidos. Intentó mantener la cabeza alta al pasar junto a sus torturadores. No quería que nadie viera lo asustada que estaba. Además, no tenía motivos para tener miedo; los hombres que le gritaban estaban todos encerrados.

Michelle supuso que los guardias la conducían a través de una especie de prisión de hombres camino del ala de mujeres. Las bombillas desnudas que iluminaban el camino parpadeaban en la oscuridad y, aunque los dos guardias eran los únicos hombres a los que podía ver realmente, podía oler cuerpos que, evidentemente, llevaban mucho tiempo sin lavarse. El olor a sudor, almizcle y hierro llenaba sus fosas nasales y la ligera humedad del aire le decía que probablemente estaba bajo tierra. ¿Estaba bajando? No recordaba haber bajado ninguna escalera. Se preguntó cuántos años tendría el edificio y si siempre había sido una prisión.

También se preguntó qué habrían estado haciendo los hombres tras aquellas puertas. Cuál era la razón por la que los habían encerrado. Probablemente algunos de ellos eran pequeños delincuentes, ladrones o borrachos. Hombres que habían robado comida para alimentar a sus familias. Muchos de ellos eran probablemente presos políticos que habían apoyado a los insurgentes. Sabía que el general era conocido por acusar a pueblos enteros de colaborar con los rebeldes. Él y sus hombres eran conocidos por detener ocasionalmente en redadas a todos los hombres mayores de catorce años. Era muy posible que muchos de los hombres encerrados en aquel edificio no hubieran hecho nada, sino que simplemente hubieran tenido mala suerte. Simplemente habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Por otra parte, probablemente unos pocos eran hombres realmente peligrosos.

Los guardias se detuvieron bruscamente ante una de las puertas y uno de ellos tanteó las llaves que colgaban de su cinturón. Michelle estaba confusa. ¿Acababan de meter a todas las mujeres

en una de aquellas habitaciones? Era posible que tuvieran tan pocas presas que no dispusieran de toda un ala de mujeres. Sanaar no era precisamente conocida en todo el mundo como un bastión de los derechos de la mujer. Pero los sanaari tampoco eran conocidos por encerrar a masas de mujeres en las cárceles.

Todo quedó claro para Michelle cuando los guardias abrieron la celda. La empujaron al interior y cerraron la pesada puerta metálica tras de sí sin decir palabra.

Allí estaba ella, frente a una docena de hombres muy confusos.

Por un momento, nadie se movió. Michelle permaneció absolutamente inmóvil, rígida por el miedo que intentaba ocultar. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y sintió un escalofrío en el cuerpo, aunque sabía que debía de hacer casi treinta grados en la habitación. Era dolorosamente consciente de cada latido de su corazón.

Durante un breve instante se maldijo a sí misma. Se maldijo por haber sido tan orgullosa y vanidosa y haber pensado que trabajar sola en el desierto no supondría ningún problema. Dios mío, había sido tan engreída. Prácticamente todas las personas que conocía le habían rogado que no viajara a Sanaar. No es lugar para una mujer, le habían dicho. En aquel momento, ella se había burlado de sus objeciones. Había investigado, respondió. Sabría dónde se metía.

Qué tonta había sido. Deseaba tanto demostrar lo inteligente y valiente que era y ahora iba a pagar el precio de su arrogancia. Imaginarse lo que le ocurriría en aquella celda no era ni la mitad de malo de lo que sus padres tendrían que imaginarse.

Por el momento, sin embargo, nadie hacía nada. Michelle sabía que probablemente tenía cara de ciervo ante los faros. Sorprendentemente, algunos de los hombres que la miraban tenían expresiones similares. Probablemente algunos de ellos se cuestionaban su cordura. Probablemente ni en un millón de años se habían imaginado que pronto verían a una mujer. Y menos a una mujer blanca estadounidense.

Entonces, tras lo que pareció una eternidad, un hombre mayor sentado en un colchón en el suelo se acercó a ellos y señaló un lugar donde Michelle podía sentarse. Michelle por fin exhaló, sin darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Sin saber qué más hacer, Michelle aceptó su ofrecimiento. Se sentó en el colchón sucio y ligeramente húmedo y miró a sus nuevas compañeras de habitación. Tenían edades comprendidas entre los quince y los setenta y cinco años. Casi todos tenían barba, aunque algunos más poblada que otros. Todos tenían aspecto de llevar bastante tiempo encerrados en aquella pequeña habitación. Todos parecían delgados y cansados, pero ninguno parecía especialmente agresivo.

Así que esto era lo que Hamar había querido decir con lo de tratarlos "como a un hombre". Al menos esta celda no parecía muy peligrosa. Estaba abarrotada, olía mal y era desagradable, pero Michelle ya no temía por su vida.

De hecho, los hombres de la celda parecían contentos de verla. Supuso que no pasaban muchas mujeres por allí, y mucho menos una joven rubia. Le ofrecieron té que habían preparado en un pequeño fuego e intentaron entablar conversación. Casi se sintió como si hubiera llegado con un recuerdo en la mano, tal vez unos dulces o una hermosa flor.

Michelle deseaba más que nunca poder hablar árabe y este deseo siguió creciendo durante los siguientes minutos. Le habría encantado escuchar las historias de aquellos hombres. Sin duda, cada uno de ellos había llevado una vida difícil, a juzgar por su situación actual juntos. A pesar de que dejó claro que no podía entenderles, charlaron durante toda la velada y la trataron como a una invitada de honor. Al menos tanto como era posible tener un invitado de honor en la celda de una prisión.

La noche avanzaba y Michelle luchaba por mantenerse despierta. También intentaba beber el té que le ofrecían lo más despacio posible. Pues el único "saneamiento" que pudo identificar era un viejo cubo oxidado, medio lleno de algo de lo que prefería no saber más.

Por lo que podía ver, el delgado colchón en el que estaba sentada era la única comodidad disponible para dormir. Se sentía mal acaparando su pequeño rincón, e intentó ofrecérselo a cualquiera que pudiera necesitarlo. Pero los hombres no querían ni oír hablar de ello. Se preguntó qué hacían normalmente para dormir. ¿Se turnaban para tumbarse en el colchón? Algunos, sin embargo, ya se habían dormido en el duro suelo.

Michelle se imaginó lo que pensarían sus amigos si la vieran ahora: prisionera en una cárcel de hombres de Oriente Medio. Tenía fama de ser una mujer dura, pero esto superaba todo lo que había imaginado.

Ahora que era plenamente consciente de que su vida no corría peligro inmediato, se sentía un poco avergonzada de su situación. Rezó en silencio a Dios para que sus padres nunca se enteraran; probablemente ambos sufrirían un infarto y caerían muertos en el acto, si no de horror, sí de vergüenza.

Michelle quería a sus padres, pero podían ser muy frustrantes cuando se trataba de tratarla por fin como a una adulta. Era la mayor de su familia y sólo tenía una hermana menor que era incluso más valiente que ella. Pero sus padres seguían insistiendo en tratarla como a una niña perdida.

Todos los años, cuando volvía a casa por vacaciones, toda la familia le hacía la misma serie de preguntas: ¿Cuándo iba a encontrar un buen hombre con el que casarse? ¿Cuándo iba a sentar la cabeza? ¿Y los hijos? ¿No le preocupaba el tic-tac cada vez más fuerte de su reloj biológico? Sus padres no ocultaban que matarían por tener un nieto. La mayoría de las chicas de su ciudad natal tenían sus primeros hijos a los veintidós años.

No es que Michelle no quisiera tener hijos. No había nada que deseara más que un marido y un montón de niños. Le encantaban los bebés y aún más los niños. Pero de algún modo no encontraba a la pareja perfecta de la que todo el mundo hablaba. Al mismo tiempo, era demasiado convencional para intentar ser madre soltera.

Michelle se estremecía sólo de pensar en los dolorosos intentos que había hecho para encontrar "al elegido". Lo había intentado de todas las formas posibles, había buscado todos los consejos, se había dedicado a buscar pareja. Michelle no era una marimacho, pero comparada con las reinas de la belleza de su ciudad natal, estaba atrasada. Nunca se maquillaba mucho y solía llevar el pelo largo y rubio recogido en una práctica trenza, en lugar de despeinarlo con elaborados peinados.

Claro que se ponía un vestido si la ocasión lo requería. Pero prefería llevar sus vaqueros favoritos o su bata de médico. Según su madre, ahí radicaba el problema. A los hombres de casa

simplemente no les interesaban las mujeres que trabajaban tanto. No les importaba que una mujer tuviera trabajo, pero nadie quería a una mujer que antepusiera su carrera a su relación.

Si quería un hombre, le había aconsejado su madre, tendría que volverse más femenina. Podía trabajar duro, claro, siempre que hiciera que ese trabajo pareciera un juego de niños. No era propio de una mujer luchar por lo que quería.

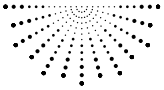
Michelle recordó su última cita en Texas, justo antes de marcharse a Sanaar. Fue con un tipo que su madre había conocido en una de sus ferias de artesanía. El tipo era bastante simpático, claro, pero también era lo bastante mayor como para tener sus propios hijos adultos. Michelle se sintió mal por pensar eso, pero el tipo era idéntico a Danny Devito. ¿Era éste el tipo de hombre por el que debía tirar sus sueños por la borda? No, gracias.

Un enorme ronquido sacó a Michelle de su ensueño autocompasivo. Bueno, su última cita no parecía tan tentadora durante la cena, pero sin duda él sería la mejor opción en las circunstancias actuales. Es curioso cómo puede cambiar así la perspectiva.

Ella misma se sentía desdichada. El largo viaje en jeep no había hecho maravillas con el pelo de Michelle. Nadie que la viera podría adivinar que hacía poco que se lo había lavado. Al peinarse la coleta con la mano, le caía mucha arena. Tenía los ojos hinchados por el estrés y la falta de sueño, y aún llevaba la bata de médico manchada y un par de chanclas viejas. Michelle sabía que dentro de unas horas un desodorante sería su deseo más dichoso.

Miró a sus compañeras de casa. Estaban apiñados en la pequeña habitación de cemento, holgazaneando aburridos en diversos estados de reposo. Un tipo intentaba limpiarse los dientes mientras otro se rascaba la entrepierna. La mayoría llevaba la ropa tan sucia que era imposible saber de qué color era originalmente. Aparte del hecho de que no tenía barba, coincidía exactamente con estos hombres.

# CAPÍTULO CUATRO





La noche siguió su curso y Michelle se encontraba en ese extraño estado de transición en el que no podía conciliar el sueño, pero al mismo tiempo sentía que tampoco podía permanecer despierta. La razón era que estaba viviendo literalmente una pesadilla. Se recostó contra el muro de hormigón derruido y se frotó el puente de la nariz, un hábito que había adquirido hacía tiempo de su padre.

No tenía ni idea de qué hora era porque la luz de la celda nunca se apagaba y no había ventanas al exterior. La triste bombilla parpadeaba siempre, brillante un segundo, oscura al siguiente, oscura al siguiente, y luego brillante de nuevo. El parpadeo jugaba malas pasadas a los ojos de Michelle y le hacía creer que había visto bichos arrastrándose por las paredes y el suelo, que un segundo estaban allí y al siguiente habían desaparecido. Le palpitaba la cabeza y tenía la sensación de vacío que sólo solía tener cuando se levantaba muy tarde por la noche, como a las tres o las cuatro de la madrugada. Por otra parte, quizá estaba tan agotada emocional y físicamente que sólo eran las diez o las once.

Cuando se le pasó el terror que había sentido al llegar a la celda, no tardó en aburrirse. Pasó el tiempo observando discretamente a cada una de sus compañeras de celda. Se divirtió un poco inventando historias morbosas sobre cómo habían acabado en aquella celda con ella. Michelle especuló sobre sus personalidades y sus hogares. Se preguntaba cómo se las arreglaban para no perder completamente la cabeza en aquella habitación sin ventanas donde habían pasado quién sabe cuánto tiempo.

Una cosa en la que específicamente no pensó fue en lo que le ocurriría a ella a continuación. Bueno, intentó por todos los medios no pensar en ello. Creía que probablemente los Médicos Internacionales se pondrían a trabajar para liberarla de inmediato. Intentó decirse a sí misma que sólo tenía que ser paciente hasta que tuvieran éxito.

Michelle consideró la posibilidad de que su arresto y detención se hubieran convertido en un acontecimiento internacional. Algo que apareciera en las noticias. ¿La presentarían los medios de comunicación como una víctima de la situación de los derechos humanos aquí? ¿O la venderían como una estadounidense arrogante que se había metido en problemas tras dar la vuelta al mundo infringiendo las leyes locales? Realmente no tenía ni idea de si una situación como la suya merecería siquiera la atención de los periodistas. Quizá esas cosas solían resolverse

discretamente. Quizá había mujeres estadounidenses en cárceles del Tercer Mundo por todo el mundo.

Era increíble lo rápido que aquella celda claustrofóbica parecía tragarse todo el mundo de Michelle. Cuanto más tiempo pasaba sentada en aquella habitación, menos real le parecía todo lo que había fuera. Por un lado, la hacía sentirse segura. La habitación no era precisamente cómoda, pero tampoco infernal. Estaba segura de que no le ocurriría nada malo mientras permaneciera sellada en aquella habitación. Por otra parte, sabía que probablemente no permanecería en esta habitación para siempre, y que lo que viniera después podría no ser una mejora.

Unas horas más tarde, la atmósfera de la celda se cargó de tensión de forma sutil y aparentemente repentina. Al principio Michelle supuso que su mente le estaba jugando una mala pasada y se imaginaba que sus compañeros de celda estaban en guardia, pero pronto se dio cuenta de que todos y cada uno de los hombres de la sala se habían despertado y se estaban poniendo nerviosos.

No dijeron ni una palabra, pero todos miraban hacia la puerta. Los hombres se sentaron erguidos y retrocedieron hasta quedar todos apretados contra la pared. Michelle no sabía qué demonios estaba pasando, pero por el comportamiento de los demás se daba cuenta de que no era nada bueno.

Entonces lo oyó. La llave giró en la puerta.

No pudo evitar el pánico. Le costaba respirar y parecía no tener control sobre sus propios miembros. Estaba literalmente aterrorizada. ¿Qué razón podían tener los guardias para entrar en la celda si tenía que ser en plena noche?

Todo lo que Michelle había oído sobre las violaciones de los derechos humanos en las cárceles del Tercer Mundo volvió a su mente. ¿Estaba a punto de presenciar una paliza? ¿Estaba a punto de ser víctima de una paliza? ¿O sucedería algo peor?

La puerta se abrió y entraron los mismos dos guardias adolescentes que, al parecer, la habían encerrado en la celda hacía siglos. Fue increíblemente embarazoso para Michelle, pero rezó a Dios para que vinieran a por el tipo que estaba sentado a su lado. Habría hecho cualquier cosa en aquel momento para evitar que la descubrieran.

Pero era una esperanza perdida. Los guardias la agarraron por ambos brazos, ni siquiera esperaron a que encontrara el equilibrio y la arrastraron de vuelta al pasillo. Se oyó un suspiro en la celda cuando los dos guardias la arrastraron fuera de la sala. Fue lo último que oyó Michelle antes de que la sangre que corría por sus venas y su cabeza alcanzara un volumen ensordecedor.

Nunca había sentido tanto miedo en su vida. Sabía que sus pies se movían. Se movían a gran velocidad por el pasillo en el que había estado antes. Sin embargo, no era consciente de ninguna decisión de salir. Era como si su cuerpo funcionara con el piloto automático.

De hecho, parecía como si los dos guardias hubieran tomado repentinamente el control de su voluntad. Sabía que no quería ir adonde la llevaban. Quería patalear, gritar y luchar. Quizá intentar escapar. Nunca había pensado que la llevarían como un cordero al matadero. Pero sus miembros se negaban a obedecer las órdenes de su cabeza.

Siguieron y siguieron por el mismo pasillo hasta que llegaron a la puerta del despacho del

general al Hamar. Llegó el momento. Michelle sentía que todo su cuerpo sudaba frío. Luchó consigo misma para no vomitar de miedo.

Uno de los guardias abrió la puerta del despacho de al Hamar y la empujó. Ella tropezó, cayendo de rodillas, y al Hamar despidió a los dos jóvenes.

"Como puedes ver, está ilesa. No le hemos tocado ni un pelo".

Al principio, Michelle no se había dado cuenta de que había otro hombre en la habitación. Sin embargo, tras orientarse un poco, pudo ver que otro hombre de pelo negro estaba sentado en una de las sillas frente a al Hamar, de espaldas a ella.

"Si hubiera seguido las leyes locales -continuó al Hamar-, nunca habríamos tenido este malentendido". Su voz era tranquila, apaciguadora. Quienquiera que fuera su interlocutor debía de tener mucho poder a nivel local. No había respondido en absoluto al general, ni siquiera se había molestado en volverse y mirar a Michelle.

"Ni siquiera es seguro para ella", añadió el general, como si no hubiera sido él quien la había detenido y metido en una prisión de hombres para su "propia protección". "Los insurgentes son cada día más audaces. ¿Quién dice que no se atreverían a secuestrar a una mujer sola que trabaja en el desierto? Sobre todo si se enteran de sus valiosos contactos. Probablemente valga bastante dinero para hombres sin escrúpulos".

Michelle se preguntó de qué demonios estaba hablando Al Hamar. Difícilmente trabajaba "sola" en el desierto. Tenía un equipo de docenas de empleados, incluida seguridad privada, aunque no le había salido rentable. ¿Y Médicos Internacionales se consideraba de repente "contactos valiosos"? Ni siquiera eran una de las grandes organizaciones no gubernamentales que trabajaban en Sanaar. Por otra parte, suponía que el mero hecho de ser estadounidense significaba que tenía muy buenas conexiones como tal, relativamente hablando.

Pero, ¿quién era el tipo al que intentaba inculpar el general? Debía de ser alguien de la embajada americana. Michelle estaba bastante impresionada por la rapidez con que habían respondido a su emergencia. Esperaba tener que pasar al menos una noche en la cárcel, posiblemente un par de noches. La embajada estaba a varias horas en coche, así que sólo Dios sabía cómo habían conseguido que alguien llegara tan rápido a la prisión secreta del desierto. Quizá el tipo había llegado en helicóptero.

"De todos modos -el general juntó las manos-, me alegro mucho de que hayamos podido resolver esta pequeña confusión. Espero que no haya causado ninguna confusión....".

"Déjate de tonterías, al Hamar. Ambos sabemos que venderían a su propia madre si creyeran que podrían conseguir veinte dinares por ella".

El general al Hamar montó en cólera, pero no podía estar más sorprendido que la propia Michelle. Ella conocía aquella voz. No se había desmayado veinticuatro horas antes. Era el jeque Amir al Abbas. Estaba interpretando a su caballero de brillante Dolce y Gabbana.

¿Qué demonios había estado haciendo Al Abbas? Por el tono de su voz estaba claro que no era un admirador de al Hamar, pero eso no explicaba por qué, obviamente, estaba sacando de apuros

a Michelle. Ni siquiera se había vuelto para mirarla.

Michelle se levantó por fin de sus rodillas, pues no parecía que ninguno de los dos hombres fuera a ocuparse de ella a corto plazo. Pensó brevemente en sentarse junto a al Abbas en la silla, pero no quería formar parte de la discusión entre él y el Generak.

Al Abbas acusó a al Hamar de oportunista, ladrón y cobarde. Al Hamar, tras recuperarse de su conmoción inicial por el tono de al Abbas, se refirió a éste como un niño bonito mimado que no había mirado el cañón de una pistola en su vida.

Michelle estaba a punto de interrumpir sus insultos mutuos cuando el general dijo algo que la hizo callar.

"Lárgate de aquí", y señaló con la mano hacia la puerta. "Coge a tu obscena esposa americana y lárgate de mi despacho".



# CAPÍTULO CINCO



"¿Qué acaba de pasar?", preguntó a Michelle el jeque Amir al Abbas, intentando mantener el ritmo de sus largas zancadas mientras salía furioso de la oscura y mohosa prisión. "¡Sheikh al Abbas!" Ella intentó llamar su atención, pero él ni siquiera aminoró la marcha.

Aún no la había mirado a la cara. Se sintió como una niña a la que pillan portándose mal. No era una niña pequeña, Michelle medía casi dos metros, pero prácticamente tenía que trotar sólo para mantenerse a la altura del jeque. Era mucho más alto que ella y era evidente que estaba enfadado por algo, aunque ella no sabía por qué.

Era increíble la montaña rusa de emociones por la que había pasado Michelle en las últimas 24 horas.

Ayer estaba nerviosa y preocupada por su encuentro con el jeque, indignada por su arrogancia, aterrorizada por su arresto y detención, aburrida de su estancia en la celda y ahora ni siquiera sabía cómo describir su estado emocional.

La primera bocanada de aire fresco de la noche al salir del edificio fue la más dulce que había inhalado nunca. Se sintió casi borracha cuando la brisa fresca y limpia le llenó los pulmones. La tensión que ni siquiera había notado aún persistía y, de repente, se sintió muy, muy cansada. Si no hubiera temido que el jeque la dejara allí con el general, habría querido tumbarse en la arena y mirar el cielo nocturno lleno de estrellas y descansar un momento.

Sin embargo, tal como estaban las cosas, Michelle tuvo que darse prisa para permanecer al lado de su inesperado salvador. Se dirigió enérgicamente hacia el Land Rover negro y reluciente que ella había visto el día anterior. El jeque al Abbas llamó a la ventanilla, abrió la puerta trasera y la miró fijamente.

"¿Qué?", respondió Michelle bruscamente, sintiéndose estúpida de inmediato. Había querido decir algo parecido a "¿cuál es tu problema?", pero no le salió así.

"Entra en el coche", exigió Sheikh. Su voz estaba llena de ira apenas reprimida.

Normalmente, Michelle no habría tolerado que nadie le hablara en ese tono, sobre todo sin motivo, pero estaba tan agotada que se limitó a obedecer su orden. Subió al asiento trasero del Land Rover y se desplomó sobre la suave y mantecosa tapicería de cuero.

Aquel coche era sin duda lo más lujoso que había visto en mucho tiempo. Dios sabe cómo el jeque lo mantenía tan limpio en medio del desierto, pero parecía y olía como recién salido de la cadena de montaje. El interior del Rover se había transformado de modo que cuatro asientos de cubo profundos se enfrentaban de dos en dos. Entre los asientos había consolas con portavasos y unidades de refrigeración.

Para sorpresa de Michelle, Sheik subió detrás de ella. Cerró la puerta, golpeó un tabique entre el asiento y el del conductor y se sentó en el asiento contiguo. El coche arrancó y el jeque abrió una de las neveras y le entregó una botella de agua.

"Bebe esto", volvió a ordenarle.

Michelle supuso que aquel tipo estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y no le sorprendió. Amir al Abbas no sólo era el hijo mayor de una de las familias más poderosas de Oriente Medio, sino que además tenía un aspecto sencillamente delicioso.

Tenía unos hombros grandes e imponentes y ella no dudaba de que pasaba horas en un gimnasio, probablemente en su casa, para perfeccionar aún más su cuerpo. También tenía esa mandíbula angulosa que normalmente sólo ve un cirujano plástico, el pelo negro despeinado y unos ojos verdes tan sexys que ella no había visto en toda su vida.

Lástima que fuera tan imbécil. La miraba fijamente, con la barbilla apoyada en las manos, mientras engullía el agua fría que le ofrecía. Ahora, pensó Michelle, podía seguir mirándola con rabia. Nadie le había pedido que la sacara, que ella supiera, y él no tenía motivos para estar tan enfadado con ella.

Además, se dio cuenta de que, de todas formas, no tenía ninguna oportunidad con un tipo así. Sabía que seguía soltero, pero probablemente su familia ya le había arreglado el matrimonio con una hermosa mujer de otra familia respetable. Sin embargo, agradecía su ayuda.

"¿Te han hecho algo esos hombres?", preguntó finalmente con voz suave.

Ella le miró fijamente durante un momento. Michelle se sintió muy aliviada por haber salido ilesa de la prisión. Pero, al estar tan agotada, la construyeron cerca del agua. No quería echarse a llorar delante del jeque. Tardó un minuto en serenarse.

"Quiero decir.... ¿sigues intacta?", le preguntó.

"Espera", Michelle no podía creer lo inapropiada que era aquella pregunta. "¿Qué, me estás preguntando si esos hombres me violaron o si sigo siendo virgen?", gimió. "No y no. Y tampoco es asunto suyo". Puso los ojos en blanco. Había creído que el jeque era un hombre moderno, lo había deducido por su aspecto y su reputación. Pero por lo visto no era así.

"Discúlpame por velar por tu salud y seguridad", respondió él. "Si quieres, puedo dar la vuelta con el coche y llevarte a tu antiguo alojamiento. O podemos parar aquí y puedes salir y vagar por donde creas que debes estar".

"¿Me está amenazando, jeque al Abbas?".

"Aquí nadie te amenaza. Pareces confuso. Te rescaté de la prisión de un hombre en un país peligroso. A un gran coste personal, por cierto. Pero estás siendo mezquino e irrespetuoso conmigo mientras intentaba ayudarte".

"¿Gran esfuerzo personal? Jeque, puedo asegurarte que me aseguraré de que lo recuperen, les cueste lo que les cueste. Con intereses". En realidad, Michelle no estaba muy segura de poder devolvérselo al jeque. No tenía ni idea de lo que costaba comprar la libertad de alguien de una prisión sanaari en la actualidad, y ella no ganaba mucho dinero precisamente con Médicos Internacionales. Fuera cual fuera la cantidad, estaba decidida a devolvérsela, a plazos si era necesario.

El jeque se rió de su respuesta. "¡Qué barbaridad! "Sí, me lo devolverás. Durante el resto de tu vida. Me temo que no tienes elección".

Michelle puso los ojos en blanco. Qué arrogante era aquel tipo. ¿Cómo sabía si ella sería capaz de extenderle un cheque por la cantidad que acababa de pagar por su libertad? Por lo que ella sabía, el jeque suponía que procedía de una gran familia petrolera de Texas.

Por supuesto, eso no era ni remotamente cierto. Su padre había sido profesor antes de jubilarse y su madre siempre había sido ama de casa, pero al Abbas no lo sabía. Desde luego, no podía saber cómo había luchado su familia para llegar a fin de mes con el sueldo de su padre cuando ella era pequeña. No podía saber que ella y su hermana habían tenido derecho a almuerzos gratuitos en el colegio durante unos años, cuando eran pequeñas.

Michelle se preguntó si había algo de verdad en lo que el general al Hamar le había dicho a al Abbas. Que era un chico guapo que nunca había encontrado un obstáculo gracias a su dinero y sus contactos. Sabía que la familia al Abbas poseía miles de millones de dólares estadounidenses. Amir había tomado el relevo de su padre para representar los intereses de la familia cuando éste se había retirado. Estaba segura de que no era precisamente fácil asegurarse de que todas las inversiones dieran el máximo dinero posible, pero ¿tan difícil podía ser?

Probablemente, la vida del jeque al Abbas era muy distinta de la suya. Michelle nunca había sido una auténtica fetichista de las marcas ni una adicta al lujo. Pero disfrutaba imaginando cómo sería tener todos sus caprichos y deseos satisfechos. Pudo ver que su traje estaba hecho a medida, y su camisa, probablemente, a medida.

"¿Adónde vamos?", preguntó de repente, al darse cuenta de que parecía que llevaban mucho tiempo viajando por una autopista. Había supuesto que volvían a la clínica de Médicos Internacionales, pero notaba que el coche subía una pendiente. El camino de la clínica a la prisión había sido perfectamente llano, de eso estaba segura.

"A casa", respondió Sheik sin darle más explicaciones.

Michelle suspiró. Así que la habían deportado. Bueno, su clínica en Sanaar había sido una experiencia interesante, eso estaba claro. Lamentaba no haber podido cumplir su contrato de dos años con Médicos Internacionales, pero realmente no podía responsabilizarse de lo que había ocurrido.

"Quiero asegurar a mi personal que estoy a salvo. ¿Podré recoger mis pertenencias?".

"Tu personal ya ha sido informado de tu rescate. Haz una lista de tus objetos personales y yo me encargaré de recogerlos. En cuanto al equipo que tenías en Sanaar, ya no lo necesitas. No permitimos que las mujeres ejerzan la medicina en Samarra y, si lo hiciéramos, no lo harían con la porquería anticuada que utilizabas en tu pequeña clínica."

Los ojos de Michelle estaban atónitos. "¿Perdona?", apenas susurró. Parecía que, después de todo, no estaba libre. Acababa de pasar del cautiverio del general al cautiverio del jeque.

"Lo siento, pero sabes que esto es basura. Igual que lo sé yo, que ni siquiera estudié medicina. Deberías donarlo a la clínica. Probablemente lo necesiten. Podemos hacer que te envíen algo mejor después de la boda, si eso te hace sentir mejor"

"¿Qué boda?", chilló Michelle.

Al Abbas puso los ojos en blanco y gimió como si ella fuera estúpida. "¿De verdad creías que un hombre de mi posición podía casarse sin una boda formal?". Se burló: "Así no funciona la vida para la gente con poder, cariño. Las cosas como las bodas no son sólo por diversión. Nuestra boda será probablemente el acontecimiento social más importante del año".

"Oh, no, no, no, no", se apresuró a contestar Michelle. "Lo siento, creo que no nos entendemos. Lo siento mucho, pero no me interesa. Me siento halagada y todo eso, pero no creo que sea la mujer adecuada para este trabajo".

"Desde luego, no eres la mujer adecuada para este "trabajo", pero por desgracia vamos a tener que llegar a un acuerdo. Ya estamos casados. Tuve que presentar un certificado de matrimonio como prueba de que eres mi esposa para que al Hamar te liberara. De lo contrario, habrías sido azotada públicamente al amanecer. Y eso podría haber significado tu muerte".

"¿Qué?" jadeó Michelle. Oh, no. Estaba sufriendo otro ataque de pánico. Nunca había tenido un ataque de pánico en su vida, y ahora había sufrido dos en las últimas veinticuatro horas. Le costaba respirar y hacía un montón de ruidos raros en la garganta que probablemente la habrían avergonzado si no se hubiera asustado tanto. Sinceramente, no sabía si le daba más miedo que la azotaran o que la casaran.

"¿Te estás poniendo mala?"

"Jeque al Abbas..."

"Creo que puedes llamarme Amir ahora que estamos casados".

"No estamos casados".

"Lo estamos".

"Eso es imposible. Necesitas una licencia matrimonial, un certificado de matrimonio o algo así".

"Tengo nuestro certificado de matrimonio".

"No firmé ninguna solicitud ni contrato".

"Por suerte para ti, tu firma no fue necesaria. Pude mover algunos hilos para conseguir el certificado esta noche, mucho después de que cerrara la oficina del registrador. Puedo asegurarte que todo es perfectamente legal".

"Jeque al Abbas... Amir... Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí...".

"Bien."

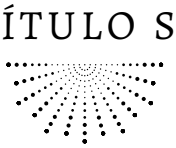
"Pero lo siento. No me interesa casarme ahora. Ni siquiera nos conocemos. Tengo que pensar en

mi carrera y en mi familia en Texas. Eres un hombre muy guapo -Dios sabe que eres un gran hombre, quizá el más guapo que he conocido en mi vida- y obviamente tienes mucho éxito. Pero no puedo casarme con un hombre al que he visto una vez".

"Me temo que no me entiendes, querida. Estás casada. Conmigo. Ya te he hecho mía, legalmente, y pretendo hacerte mía en todos los sentidos".



# CAPÍTULO SEIS





"No te sigo".

"Vaya", replicó Amir. "Para ser una de las mejores licenciadas de su promoción, eres muy lenta".

¿Cómo lo sabía? Ayer por la tarde apenas podía creer que una mujer pudiera dirigir un hospital. ¿Y ahora, de repente, se enteraba de su nota media en la universidad?

Bueno, pensó Michelle, no importaba cuánto supiera de ella. No la conocía como persona y, por tanto, era imposible que se tomara en serio aquel matrimonio ridículo e inventado.

"Mira, Amir, lo siento mucho, pero no. No voy a ser tu esposa".

"Como ya te he dicho, querida: ya estás casada conmigo".

"Pues entonces tendrás que desposarnos. Mueve tus hilos y haz que ese certificado de matrimonio se desvanezca en el aire. Yo volveré a Texas, al pequeño pueblo natal de mis padres, y abriré una consulta médica. Mientras tanto, tú podrás casarte con una glamurosa mujer de clase alta. Los dos deberíamos olvidarnos de lo ocurrido".

"Me temo que eso no es posible. El certificado de matrimonio es legalmente vinculante y ya lo hemos hecho público. Estoy bastante seguro de que toda persona familiarizada con la cultura samarriana conoce ya nuestra nueva condición de marido y mujer. Estoy seguro de que este acuerdo es toda una sorpresa para ti, pero puedo asegurarte que nuestro matrimonio es un destino mucho más agradable que el que habrías sufrido a manos de al Hamar." Amir miró a Michelle con sus brillantes ojos verdes y continuó: "Además, tenemos el resto de nuestras vidas para conocernos".

"¡Amir!" Michelle estaba realmente frustrada. Todavía estaba muy cansada de su aventura de terror y lo único que quería era meterse en su cama, sola. "¡Para ya! Esto no tiene gracia. Por favor, llévame de vuelta a la clínica".

"Deja de comportarte como una niña. De verdad, Michelle, he visto a adolescentes entrar en el matrimonio con más dignidad y gracia".

Michelle ya estaba harta de aquel jueguecito. No tenía ni idea de dónde estaba, pero tenía que

bajarse. Saltó de su asiento y golpeó el tabique que la separaba del conductor.

"Conductor -gritó-, para el coche. Para el coche, por favor".

Amir intentó agarrarla y gritó algo en árabe. El coche ni siquiera aminoró la marcha, presumiblemente por orden suya. Rodeó la cintura de Michelle con el brazo e intentó volver a sentarla.

"¡Suéltame!", gritó ella, intentando liberarse de su agarre. Era muy fuerte, lo cual no sorprendió a Michelle dado su tamaño, pero también era muy ágil. "¡Para! ¡Suéltame!"

"¡Contrólate!"

Michelle intentó dar un salto hacia la puerta del coche.

"¡Michelle! ¡Detente! Te vas a hacer daño!" Amir apartó a Michelle de la puerta del coche y la puso boca arriba. Le sujetó las muñecas con una de sus grandes manos por encima de la cabeza y le separó las rodillas con las suyas hasta que ella se encontró con las piernas prácticamente enroscadas alrededor de su cintura.

Michelle jadeó y luchó contra Amir, pero cuanto más luchaba, más indecente se volvía su situación. Cada respiración se llenaba de su olor, una especie de colonia picante y algo más profundo y primitivo. Su almizcle. Sentía su propio aliento caliente en el cuello y se avergonzaba de cómo reaccionaba su cuerpo al de él.

Estaba desesperada por librarse de él, pero al mismo tiempo deseaba mucho más. Quería saber a qué sabía. Quería saber qué se sentía al tenerlo dentro de ella.

Y pensó que pronto lo descubriría. Cuanto más se movía, más la empujaba contra el suelo. Michelle se sintió avergonzada y encantada al descubrir que podía sentir su virilidad a través de la ropa. Sabía, como lógica y como profesional de la medicina, que era perfectamente normal que el cuerpo de un hombre respondiera instintivamente a este tipo de contacto, lo quisiera él o no. Pero no pudo evitar sentirse un poco satisfecha de que Amir hubiera respondido a su cuerpo con tanta intensidad como ella lo había hecho al suyo.

"Amir", gimoteó, sin saber si quería suplicarle que la soltara o rogarle que no la soltara.

Él respondió enterrándole la cara en el escote, llevándola al éxtasis, frotando la espesa barba de su barbilla contra la suave y tierna piel donde su cuello se unía a su hombro. Michelle jadeó y arqueó la espalda involuntariamente al sentir sus labios rozar suavemente el punto sensible que tenía detrás de la oreja.

"Deja que te ame", murmuró Amir al oído de Michelle. "Te prometo que te gustará. Ya te gusta".

Ella se volvió hacia él, sobre todo porque le sorprendió lo que acababa de decir. Le metió la lengua en la boca. Estaba tan sorprendida que su cuerpo reaccionó más rápido que su cerebro. Abrió los labios y recibió su lengua con la suya, respondiendo hambrienta a su beso. Amir soltó las muñecas de Michelle para poder cogerle la cara con la mano mientras le exploraba la boca.

Las manos de Michelle se dirigieron a su ancha espalda. Lo acercó y le arañó la fina camisa de algodón, deseando arrancársela. Quería sentir su cálida piel contra la suya.

Debían de ser el cansancio y la adrenalina. Estaba delirando. Ésa era la única explicación de por qué Michelle se comportaba como una perra en celo con un hombre al que despreciaba, que quería arrebatarle su libertad y convertirla en una especie de mascota exótica cautiva. ¿De verdad hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre tan capaz de excitarla tan intensamente? ¿Había estado alguna vez con un hombre tan hábil para complacerla?

Michelle sabía que debía luchar contra Amir. Debería gritar, patalear e intentar detener el vehículo. Pero no se atrevía a hacerlo. En lugar de resistirse, se retorció bajo él. Cada movimiento de su lengua era correspondido por la suya, y cuando él empujó su polla, ahora dura como una roca, ella abrió más las piernas para darle mejor acceso.

Nunca había practicado sexo en el suelo de un coche en marcha. Nunca había estado en un coche con espacio suficiente en el suelo para una pareja. La mano de Amir se deslizó bajo su cuerpo y agarró su suave trasero, acercándola a él y haciéndola sentir que tocaba su cuerpo como si fuera un instrumento.

Sus labios se separaron de los de ella y bajaron por su cuello, dejando un rastro húmedo y caliente hasta su clavícula. Michelle quiso desabrochar la camisa de Amir, pero la mujer sureña que había en ella no le permitió dar el primer paso. La estaba torturando con sus besos, pero ella quería que fuera más allá.

Justo cuando Michelle estaba segura de que no podría soportar más las caricias de Amir, el coche se detuvo. Amir se apartó de ella. "Ya hemos llegado".

Le tendió una mano y la ayudó a incorporarse. Michelle se apresuró a arreglarse el pelo y alisarse la ropa. Sabía que probablemente estaba ridícula, pero quería mantener cierta apariencia de dignidad.

Amir salió del coche y ayudó a Michelle a salir. Estaban en un camino de entrada evidentemente privado, delante de una enorme mansión de estilo español, del tipo que podría haber en Los Ángeles. Por encima de los arcos de estuco blanco crecían flores rosas trillizas. Una gran escalera conducía a una imponente puerta de madera maciza.

La casa estaba oscura y silenciosa, probablemente porque aún no había salido el sol. Amir condujo a Michelle escaleras arriba y abrió la puerta principal, que ni siquiera estaba cerrada con llave. Entraron en una pequeña sala de entrada que daba a una gran habitación. Incluso en la oscuridad, Michelle pudo ver que la casa estaba decorada con gusto. Vio obras de arte originales en la pared con caballos árabes galopando por el desierto. Los muebles eran de madera maciza con tapicería de cuero, y unas cuantas palmeras en macetas salpicaban el interior.

Amir la condujo a través de un patio meticulosamente ajardinado, alrededor de una fuente y hasta un dormitorio que estaba en un lateral, detrás de unos limoneros.

"Duerme aquí esta noche, quédate en la cama todo el tiempo que quieras. Y haré que te traigan el desayuno por la mañana. Vuelve en ti y lávate, por el amor de Dios. Estás hecha una piltrafa y apestas. Hasta mañana".

Por el tono de voz de Amir, Michelle no sabía si el "hasta mañana" era una promesa o una amenaza. Quizá ambas cosas. Para ser un hombre que acababa de anunciarle su deseo de amarla, parecía muy enfadado.

Afortunadamente, Michelle estaba demasiado cansada para preocuparse por el extraño estado de ánimo de Amir por el momento. La habitación en la que la había dejado era relativamente modesta, pero parecía cómoda y tranquila. No había dormido en una cama de verdad, con somier y colchón, desde que se marchó de Texas hacía tantos meses.

Se sentó en el borde de la cama y rebotó un poco, probando el colchón. Parecía el paraíso. Estaba tan mugriento de las últimas 24 horas que aún no se atrevía a subirse.

Michelle se dirigió al cuarto de baño y encendió la luz. Era pequeño, pero lujoso. Las paredes estaban alicatadas con hermosos azulejos marroquíes pintados a mano de azul real. Encontró un montón de esponjosas toallas blancas y un pijama de seda añil nuevo en una pequeña repisa de la pared.

Abrió el grifo de la ducha. Salió agua caliente del grifo. Agua caliente y humeante. Hacía meses que no se duchaba con agua caliente de verdad. Se quitó la sucia bata de médico, que deseaba poder quemar, y se metió en el chorro decadentemente caliente de la ducha.

El agua le corrió por la cabeza y los hombros, eliminando no sólo una gruesa capa de suciedad, sino toda la tensión de Michelle. Cogió un frasco de líquido translúcido de color miel y lo abrió para olerlo. Vainilla. Frotó un poco entre los dedos, se dio cuenta de que era champú y se lavó la suciedad y la grasa del pelo rubio. También utilizó un frasco que supuso que era acondicionador y se enjabonó el cuerpo con un jabón perfumado de sándalo.

Incluso después de haberse frotado a fondo, Michelle dejó que el agua la bañara. Casi sintió que le quemaba los problemas. De espaldas al chorro de agua, arqueó el cuello y dejó que el agua corriera por el punto sensible del cuello donde Amir la había besado por primera vez.

La sensación le produjo un escalofrío. El agua brotó de su cuello, bajó por la clavícula y se deslizó por sus pechos, goteando desde sus pezones duros y sensibles.

¿Por qué reaccionaba tan violentamente a las caricias de Amir? ¿Estaba hambrienta de afecto?

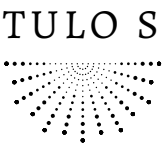
No, había elegido la vida que llevaba. Había algo en Amir que le hacía perder el autocontrol. Su cuerpo reaccionó instintivamente como nunca lo había hecho con otro hombre.

Era una pena que no pudiera funcionar entre ellos. Michelle sacudió la cabeza. Tenía que dejar de caer en enamoramientos como una niña pequeña. Amir al Abbas era un hombre peligroso y, por lo que ella sabía, ahora estaba prisionera en su casa.

Michelle salió de la ducha y se secó con una de las gruesas toallas blancas. Necesitaba dormir un poco. Cuando se despertara renovada y su mente volviera a estar clara, podría idear un plan de fuga.



# CAPÍTULO SIETE





Los rayos del sol se abrieron paso a través de las persianas azules cerradas de su habitación y le calentaron las mejillas. Abrió los ojos y parpadeó un par de veces para acostumbrarse a las condiciones de luz. ¿Qué hora era? Le parecía que llevaba años dormida.

Apartó la cabeza de la ventana y miró a su alrededor. Ahora lo recordaba todo: Dónde estaba y cómo había acabado aquí.

Peor aún, también recordó cómo le había acechado en el coche de Amir al volver de la cárcel. O más exactamente, de camino de su antigua prisión a la nueva.

Michelle se tumbó boca arriba, miró al techo y estiró el cuerpo. ¿Por qué demonios había reaccionado ante Amir como una adolescente cachonda después de que él hubiera sido tan duro con ella? Oh, vaya, sólo el recuerdo de sus besos hizo que su mente volviera a vagar. Había sido tan suave y delicado, pero fuerte al mismo tiempo.

Bueno, era en vano lamentar su reacción. No podía retroceder en el tiempo y empezar todo de nuevo y actuar de forma diferente. Lo mejor que podía hacer era adaptarse a la nueva situación y simplemente no repetir el error. Tenía que aclarar sus ideas y pensar en cómo salir de este lío.

Michelle levantó las piernas de la cama y salió de un salto. Entró en el cuarto de baño y se miró en el espejo. Aún tenía los ojos un poco hinchados, pero aparte de eso tenía mejor aspecto que en muchos meses. Aquella ducha y una noche de sueño decente habían hecho verdaderos milagros. Intentó arreglarse el pelo, utilizando los dedos como peine. Fue entonces cuando vio el montón de ropa sucia que había en el suelo.

Tenía toda la bata sucia de sangre, sudor y vete tú a saber qué más. Apestaban tanto que, desde donde estaba, aún podía verlo claramente. Cuando le dio una patadita al montón, se dio cuenta de que estaba duro como una roca.

No había forma de que volviera a ponerse aquella ropa. Miró por la habitación. ¿Quizá había ropa nueva en alguna parte? Pero no tuvo suerte. ¿Tenía que llevar sólo el pijama de seda todo el día?

Para ser sincera, la idea le parecía bastante atractiva. Sólo que el pijama de seda no era exactamente la ropa con la que esperaba poder enfrentarse a Amir con decisión. Tenía que

encontrar otra ropa.

Abrió un poco la puerta de su habitación y se asomó al patio. Un jardinero estaba regando las plantas, pero aparte de eso no se veía a nadie. Se deslizó por la puerta, tropezó inmediatamente con lo que parecía un montón de palos y ropa y cayó al suelo.

"¡Señora! ¡Lo siento mucho! Madame, lo siento mucho, ¿se encuentra bien?".

Una niña delicada, de no más de 14 años, la ayudó a levantarse.

"Lo siento, Madame. Estaba aquí esperando a que se levantaran. Pensé que estaría bien si me sentaba un momento. Te pido muchas disculpas".

Michelle miró a su alrededor para asegurarse de que su pequeño encontronazo no había llamado mucho la atención. "No tienes por qué disculparte.

"Mis disculpas, señora. El jeque al Abbas me ha ordenado que espere aquí hasta que te despiertes para traerte el desayuno". La muchacha salió corriendo inmediatamente.

"¡Espera!", la llamó Michelle. "¿Puedes traerme también algo de ropa?".

"¿Ropa?", dijo la chica pensativa. "Sí, claro, Madame"

"¡Espera!" Michelle volvió a llamar a la chica. "¿Cómo te llamas?"

La chica sonrió. "Amsah, Madame". Hizo una breve reverencia y desapareció por el largo pasillo que bordeaba el patio.

Michelle no quería tener que hablar con nadie más antes de vestirse, así que regresó a la intimidad de su habitación. Además de aquella fantástica cama, la habitación también tenía un pequeño escritorio y una silla, dos estanterías con libros árabes y un armario vacío. Hojeó los libros, admirando la bella escritura, que ella no sabía leer, y miró por la ventana.

Todo lo que veía en kilómetros a la redonda era desierto. Arena, piedras y arbustos espinosos. A lo lejos se veían montañas, pero no sabía a qué distancia estaban. Sabía que estaba en Samarra, pero no sabía dónde.

Podía abrir las contraventanas y salir por la ventana, pero no llegaría muy lejos si intentaba cruzar el desierto a pie. Aunque no muriera de sed casi inmediatamente, que era lo más probable, estaría a merced de los bandidos y los animales salvajes.

Así que huir a pie no era una opción. Sabía que su mejor oportunidad era convencer al jeque de que le convenía liberarla. Al fin y al cabo, tenía sentido. Era un hombre importante y poderoso, y probablemente sería mucho más feliz con una mujer que supiera jugar todos los pequeños juegos sociales y políticos tan importantes para los hombres de su posición. Necesitaba a alguien con contactos, una mujer que supiera organizar una cena e invitar a la gente adecuada.

Lo que no necesitaba era una niña tejana cuyo mayor sueño en la vida fuera ser médico. Michelle nunca había organizado una cena en su vida, y mucho menos el tipo de "eventos" a los que Amir probablemente asistía semanalmente. Nunca había tenido un vestido de baile y no tenía ni idea de cómo mantener una conversación fascinante con jefes de estado.

Lástima que no pudiera confiar en su propio sentido común con el jeque. Hasta el momento,

había tenido dos oportunidades de exponerle sus argumentos, y ambas habían acabado en desastre. Una vez la había hecho quedar como una especie de racista ignorante delante de todo su personal y otra había acabado en el suelo de un todoterreno con él.

Era realmente injusto que fuera tan increíblemente atractivo. Su atractivo le daba una ventaja increíble sobre ella. Y este canalla también lo sabía.

Las cavilaciones de Michelle se vieron interrumpidas por un ligero golpe en la puerta. "¿Señora?" Oyó que Amsah la llamaba desde el otro lado. Abrió la puerta para dejar pasar a la muchacha, que sostenía en una mano una enorme bandeja de comida, con un servicio de té, y en la otra una pila de ropa doblada y cubierta por un par de zapatillas enjoyadas.

"Deja que te ayude con eso -dijo, cogiendo la bandeja de las manos de la niña. Aquello debía de pesar tres kilos y Michelle estaba bastante impresionada por la capacidad de Amsah para llevarlo con una sola mano. Tenía un aspecto delicioso. "¿Puedes comer conmigo?"

"No se me permite", respondió Amsah, colgando cuidadosamente una selección de caftanes en el armario vacío.

"¿Ahora no soy la señora de la casa? Yo digo que puedes -replicó Michelle. Aún no quería ver al jeque, pero tampoco quería quedarse sola en su habitación todo el día.

Amsah parecía confusa.

"Insisto -añadió Michelle. Aquello pareció funcionar. Amsah puso sobre la mesa lo que había traído. Michelle vio yogur, dátiles, miel, frutos secos y un surtido de fiambres y quesos. Un gran samovar de plata y una copa completaban la disposición.

"Todo tiene un aspecto delicioso", comentó Michelle. Sólo ahora se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Cogió un plato y lo llenó de pan, carne y queso. Algunos de los alimentos ya los conocía, como las salchichas picantes y el queso de granja salado, pero otros eran nuevos. Todo lo que probó estaba absolutamente delicioso.

"Entonces", Michelle se dio cuenta de que Amsah sólo había cogido un puñado de dátiles y nueces. "¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?"

"Toda mi vida", respondió la chica con orgullo.

"¿Qué?" Michelle se sorprendió. "¿De verdad? ¿Cuántos años tienes?"

"Tengo trece años, señora", respondió Amsah. "Mi familia ha trabajado para la familia al Abbas durante cuatro generaciones".

"Vaya", Michelle no tenía ni idea de cómo responder a aquello. "¿Te gusta trabajar aquí? ¿Te tratan bien?"

"Oh, sí, señora. Nadie me ha pegado nunca".

Por desgracia, a Michelle no le sorprendió que Amsah considerara que "nunca me han pegado" como señal de un buen trabajo. La región no era precisamente conocida como bastión de los derechos humanos, y ella sabía que era práctica habitual, sobre todo entre las familias ricas, importar sirvientes extranjeros y luego abusar de ellos. Apreciaba que fuera una marca de honor

que la familia al Abbas tuviera normas sobre el modo en que trataba a su personal. Pero era fácil impresionarse cuando el listón estaba tan bajo.

"¿Así que conoces al jeque desde hace mucho tiempo?

"¿El jeque Amir? Amsah sonrió tímidamente. "Sí, señora".

"Hmm", asintió Michelle, intentando aparentar que no buscaba información sobre su nuevo "marido". "¿Así que dirías que es un tipo decente?".

Amsah se rió entre dientes. "Creo que tú lo sabrías mejor que yo".

"Eh.... en realidad, no".

Amsah frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. Finalmente sonrió: "En realidad no es tan malo, Madame".

"Me alegro de oírlo", la interrumpió una voz grave.

Ambas gritaron asustadas y se volvieron hacia la puerta, avergonzadas al ver que Amir se había colado y había oído su conversación privada.

"¡Lo siento, señor!" Amsah se tiró al suelo y rompió a llorar.

"No es necesario, Amsah, sé que mi mujer te ha metido en esto. Por favor, déjanos para que mi mujer y yo podamos conocernos mejor. Estoy seguro de que ella ya está deseando hablar conmigo. Ahora que se lo has dicho no soy tan malo".

Amsah huyó de la habitación a la velocidad de la luz, dejando a Michelle a solas con el sonriente jeque. Quería indignarse, pero sabía que la habían pillado cotilleando sobre él en su propia casa con sus sirvientes. Aun así, lo intentó.

"No deberías acercarte así a hurtadillas. Es de mala educación. Además, no estoy vestida".

"¿Soy grosera?", se rió él.

"Eres tú quien somete mi carácter a escrutinio en una conversación con el personal de servicio. Además, son más de las tres de la tarde, así que no tengo ni idea de por qué sigues sin vestirte".

"No tenía nada limpio que ponerme".

"Veo todo un armario lleno de ropa por ahí. Ahora ponte una para que podamos ver tu nuevo hogar". Amir esperó, observando a Michelle expectante.

Su petición parecía bastante razonable, aunque tampoco le gustaba especialmente hablar con él mientras ella llevaba puesto el pijama. Aunque fueran tan cómodos. Así que siguió su orden. Fue al vestidor, eligió un caftán transparente verde esmeralda con bordados dorados y lo sacó de la percha.

"Perdona", dijo con displicencia. "¿Te importa? Me gustaría tener un poco de intimidad para vestirme".

"Sí, nos importa. Soy tu marido. Tengo derecho a admirar tu cuerpo y quiero verlo ahora mismo. Quítate el pijama y ponte el vestido".

Michelle no podía creer el descaro de aquel hombre. "No voy a desnudarme delante de ti para que me mires como si fuera ganado".

"Oh, sí que lo harás", Amir estaba de repente lo bastante cerca como para rodearla con los brazos. "A menos que quieras que te desnude".

"¡Suéltame!"

"¿Vas a comportarte?", preguntó Amir, jugando con el botón superior de su pijama mientras la sujetaba con el otro brazo por los costados.

"Amir, basta, no puedes desnudarme como a una niña".

"¿Ah, sí?" Amir abrió de un tirón el botón superior de Michelle. Ella respiró hondo cuando los dedos de él se deslizaron por su clavícula. Ninguno de los dos dijo una palabra mientras sus dedos bajaban para desabrochar otro botón, y luego otro. "Eres una mujer preciosa, Michelle. ¿Por qué dudas tanto?

A Michelle le molestó que la llamara indecisa. Pero el jeque tenía razón. No podía explicarse por qué tenía tanto miedo de dejarle ver su cuerpo. Parecía que quería verla desnuda, lo quisiera ella o no. Sus dedos recorrieron la curva de sus pechos.

Sintió un cosquilleo en la piel y contuvo la respiración cuando él descubrió su duro pezón y lo hizo rodar suavemente entre el pulgar y el índice. Michelle sintió que su cuerpo se relajaba en el agarre de Amir y supo que volvía a ser masilla en sus manos. Le dio un ligero pellizco y le cogió la oreja entre los dientes, y ella no pudo evitar suspirar excitada.

"Ponte el vestido y reúnete conmigo en el patio", gruñó y al mismo tiempo la soltó tan deprisa que casi se cae.

# CAPÍTULO OCHO



Michelle se quitó rápidamente el pijama y se puso el amplio caftán verde. Amir podría cambiar de opinión y querer verla cambiarse. Amir lo había vuelto a hacer. De nuevo le había hecho olvidar su orgullo, sus normas y su educación. Había vuelto a olvidar todo sentido de la decencia, había vuelto a dejarse caer por completo.

Sacudió la cabeza. Amir tenía que pensar en serio que era una adolescente testaruda. Era tan arrogante al respecto y actuaba como si supiera exactamente cómo tocarla para acallar todas sus protestas.

Michelle se miró en el espejo y se sorprendió de sí misma. Estaba absolutamente despampanante. Nunca habría pensado que aquel tono de verde le sentara bien, pero resaltaba el azul de sus ojos de un modo tan hermoso. El pelo recién lavado le caía en suaves ondas alrededor de la cara, mostrando sus pómulos.

El caftán también parecía una especie de prenda mágica. Acentuaba sus curvas en los lugares adecuados y ocultaba las partes menos favorecedoras. Tenía un profundo escote en V que mostraba su escote hasta un punto al que nunca se había atrevido. La cintura estaba perfectamente adaptada a su talla para hacerla parecer alta y elegante.

Si le hubieras preguntado hace una semana, te habría dicho que nunca se pondría algo así. Se sentiría demasiado expuesta y débil. Sin embargo, la mujer, al mirar atrás desde su reflejo, no parecía débil. Parecía poderosa y sexy. Parecía intimidante.

Michelle salió de su habitación con su vestido milagroso y la cabeza bien alta. Se sentía preparada para conquistar el mundo o, al menos, para imponerse a Amir.

Cuando él la vio, se le dibujó una sonrisa en la cara. "¿No te sientes mejor ahora, princesa?", le preguntó rodeándole la cintura con el brazo. "Estás estupenda, como la reina que eres ahora".

"No te emociones demasiado, jeque", respondió Michelle, con voz llena de confianza. "Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero me temo que sigo sin estar interesada en ser la esposa de nadie".

"Bueno, supongo que eso te convierte en mi esposa desinteresada. Pero parecías bastante interesada cuando interrogaste a Amsah hace una hora".

"Quizá sólo intentaba identificar tus debilidades".

"No tengo ninguna debilidad".

"Parece que tienes debilidad por las rubias. He oído que te enamoraste tanto de una que intentaste casarte con una completa desconocida".

"No lo intenté, lo conseguí. Ya está bien de flirtear descaradamente. Tenemos mucho que hacer y ya has dormido casi todo el día. Ven conmigo". Amir condujo a Michelle por el camino sombreado que rodeaba el patio. De él salían una serie de puertas que conducían a habitaciones de invitados similares a aquélla en la que ella había pasado la noche.

"Y aquí está nuestro gran salón", la condujo a la espaciosa y ventilada sala que había visto sólo la noche anterior.

Michelle miró a su alrededor y admiró los hermosos muebles. Todo era de madera maciza vieja y cuero. Pero al mismo tiempo, todas las formas eran limpias y modernas. El tipo tenía una casa realmente bonita y se preguntó si la habría amueblado él mismo. "Me gustan estos cuadros", mencionó, señalando las pinturas de la pared.

A Amir se le iluminó la cara. "¿Te gustan? En realidad son retratos de mis animales. Crío caballos árabes de carreras como hobby. Exporto mis caballos a todo el mundo. ¿Te gustaría verlos en persona?".

Michelle seguía pensando que Amir era un idiota, pero en realidad no podía odiar a un hombre que amaba a los caballos. Como había crecido en una pequeña ciudad en medio de la nada, en el país de los vaqueros, había estado rodeada de caballos toda su vida. En casa, montaba a pelo en la granja de sus abuelos y de pequeña había soñado con tener uno algún día. Por tanto, no podía negarse a su oferta.

Amir guardaba sus caballos en un establo situado en la misma finca. Michelle deseaba poder ver el establo desde su dormitorio. Debía de tener allí al menos cien caballos y todos y cada uno de los animales parecían estar en plena forma. Docenas de hombres correteaban por los establos limpiando, alimentando e incluso ejercitando a los animales. Pasaban junto a sementales orgullosos, castrados bonachones y yeguas con potros a su lado.

Casi todos los animales se animaban con la aparición de Amir. Les acariciaba la boca, les hablaba suavemente en árabe y daba órdenes a los hombres que atendían los establos. Estaba claro que amaba a sus caballos, lo que molestaba a Michelle porque le hacía admirarle. Habría sido mucho más fácil odiarle si hubiera sido cruel.

Michelle no era tonta. Reconocía una oportunidad cuando se presentaba. Puede que no fuera capaz de caminar sola por el desierto, pero sin duda podría montar uno de aquellos caballos. Miró de uno a otro, tratando de identificar posibles monturas.

El jeque criaba caballos de carreras, así que probablemente todos eran rápidos. Pero ella estaba más preocupada por sus propias habilidades como amazona. Había sido una auténtica vaquera cuando era joven, pero llevaba al menos diez años sin subirse a lomos de un caballo. Decidió que uno de los castrados más jóvenes sería probablemente su mejor elección. Quizá el manso alazán del final del pasillo, o el gris de aspecto soñoliento junto a la entrada principal. Intentó memorizar los establos, por si no lograba convencer al jeque de que la soltara.

"¿Tú montas?", le preguntó el jeque, apartándose de repente de una yegua mayor.

"¿Yo?", preguntó Michelle, sintiéndose culpable como si la hubiera sorprendido robando uno de sus caballos y huyendo. "Lo hacía cuando era niña. Supongo que podría decirse que era una de esas chicas. Ya sabes. Loca por los caballos. Tenía todo tipo de juguetes de caballos y todas mis camisetas llevaban caballos, pero nunca había tenido uno propio".

Amir sonrió y le pasó el brazo por la cintura. "Bueno, en ese caso, princesa, tengo algo para ti".

"Oh, no hace falta", exhaló Michelle, sabiendo que su voz apenas era audible. Los labios carnosos de Amir estaban tan cerca de los suyos y ella podía sentir el calor embriagador de su aliento. Se acercó cada vez más hasta que su pecho se apretó contra el de él.

"Claro que no hace falta. Esto es lo que quiero. Y creo que descubrirás que siempre consigo lo que quiero. Ven conmigo ahora".

La condujo a través de los establos, dobló una esquina y bajó por otra fila de establos hasta que por fin se detuvo delante de uno. Chasqueó la lengua y la cara más hermosa, perfecta y azabache se acercó desde el establo. Michelle nunca había visto un caballo tan bonito. El animal tenía largas pestañas negras, grandes ojos suaves y una cara pequeña y bonita que parecía una réplica a tamaño natural de los caballos de plástico con los que había jugado de niña.

"Oh, Amir", suspiró, "es preciosa".

"¡Jocara! Es tan testaruda, como tú".

Michelle miró provocativamente a Amir, pero decidió dejar pasar el comentario y no decir nada. "Hola, Jocara", dijo en voz baja, dejando que la yegua le olisqueara la palma de la mano. Su nariz era como de terciopelo, muy suave, y tenía una raya blanca que terminaba en rosa en la punta.

"¿Quieres montarla?", le ofreció Amit.

"Tengo que cambiarme para eso. Pero no tengo pantalones aquí, así que no puede ser".

"Tonterías", respondió Amir. "Puedes montarla con el vestido puesto. No te preocupes por el vestido, puedes tener uno nuevo si quieres".

"No he montado en un tiempo...."

"Por el amor de Dios, Michelle, deja de imaginar razones por las que no puedes tener lo que quieres". Amir agarró la brida que colgaba junto al establo de Jocara y la deslizó sobre la cabeza del caballo. Abrió la puerta del establo y el caballo negro bailó sobre sus patas. Ahora que el caballo estaba entero frente a ella, podía ver realmente lo hermoso que era. Pero no parecía una montura para principiantes.

"Vamos", dijo Amir, indicándole que se acercara. Se quedó mirando al caballo hasta que Amir se acercó a ella y la subió directamente al lomo de Jocara como si su peso no fuera nada para él. "¿Tan difícil ha sido?", preguntó, pasando las riendas por encima de la cabeza del caballo y entregándoselas a Michelle. "Mantenla quieta".

Antes de que Michelle se diera cuenta de lo que estaba haciendo Amir, éste ya había saltado

sobre el lomo de Johara, justo detrás de ella. Le rodeó la cintura con sus fuertes brazos y cogió las riendas, espoleando al caballo. Michelle no tuvo más remedio que caer en sus brazos. Salieron del granero y cabalgaron bajo el sol radiante de la tarde.

Salieron de la finca. Al poco rato llegaron al desierto abierto y Amir le puso espuelas a Jocara, que inmediatamente se puso al galope.

"¡Vaya!", gritó Michelle, agarrándose a las crines del caballo. "¡So!"

"Relájate", le gruñó Amir al oído. "Yo te sujetaré. No te vas a caer. ¿No puedes disfrutar?"

A Michelle le habría resultado mucho más fácil "disfrutar" si no hubiera tenido miedo de romperse el cuello. El caballo era muy rápido y ni siquiera estaban en un camino o pista. El suelo estaba lleno de piedras y agujeros que podían hacer tropezar al animal y hacerlos caer a todos.

Jocara, sin embargo, no tropezó. Tenía pies seguros y parecía tener cierta experiencia en abrirse camino por el desierto. Corrió y corrió hasta que coronó una duna y apareció un pequeño oasis de aspecto exuberante.

Amir detuvo el caballo a la sombra de las palmeras del oasis y saltó para ayudar a Michelle a bajar también del caballo.

"Cuando era niño, solía venir aquí con mis hermanos -explicó, atando las riendas del caballo y volviéndolas a pasar por encima de su cabeza para que pudiera pastar y beber.

Michelle miró el agua azul y cristalina. Parecía muy refrescante, sobre todo después del galope. Miró a su alrededor y quiso preguntar a Amit por el oasis. Pero cuando lo vio, se le atascaron las palabras en la boca. Se estaba desnudando. Ya se había quitado la camisa y ella pudo admirar cada uno de sus músculos. Su aspecto era sencillamente impresionante. "Dios mío", dijo en voz alta sin querer.

"¿Te gusta lo que ves, mi princesa?". Amir se rió. "Quítate el vestido. Hace calor. Vamos a bañarnos".

"Amir, no te quites los pantalones". Era demasiado tarde. Se quitó los pantalones. Los dejó caer al suelo y Michelle ni siquiera intentó apartar la mirada. No podía. Su mirada viajó de las torneadas pantorrillas de él a sus musculosos muslos hasta su.... Dios mío. Menudo paquete. Al menos tuvo la decencia de no quitarse los calzoncillos. Michelle no sabía si sería capaz de apartar la mirada.

"Quítate el vestido, Michelle".

"No puedo. Tengo que sujetar a Jocara para que no se escape. Ve a nadar y yo me quedaré aquí".

"La yegua no se escapará", Amir puso los ojos en blanco. "Quítate ese vestido o te lo quitaré yo".

Michelle entró en pánico. No quería que el jeque la viera desnuda. Por su aspecto, era evidente que le gustaba mantenerse en forma. Pero no podía soportar que le viera el vientre o los muslos. Probablemente estaba acostumbrado a chicas tan perfectas como él, y con la mitad de su edad.

Caminó hacia el caballo mientras él se acercaba a ella. "Te daré otra oportunidad, princesa. Quítate ese vestido o lo haré yo. No querrás que se rompa, ¿verdad? Sería una pena que tuviera

que llevarte desnuda de vuelta a casa".

Michelle sintió que no tenía elección. Se subió a lomos de la pequeña yegua negra y galopó de vuelta a la casa, dejando a Sheikh solo con los pantalones bajados.



# CAPÍTULO NUEVE



Michelle necesitaba ayuda. Quería escapar del jeque, pero no asesinarlo. Sabía que no podía dejarle solo en medio del desierto. Pero su problema era éste: ¿Cómo iba a explicar a su personal lo que había ocurrido? Ni siquiera sabía árabe.

Llevó al caballo de vuelta al establo y recorrió los pasillos buscando a alguien que pareciera entenderla. Ninguno de los mozos ni el resto del personal la miró. Empezaba a temer que tendría que volver a buscar a Amir ella misma cuando oyó algo que no esperaba: la voz de otra mujer.

Siguió la voz y acabó encontrándose con una elegante señora mayor, probablemente de unos sesenta años, que sujetaba las riendas de un enorme y excitado caballo blanco. La mujer llevaba calzones de cintura alta, botas altas y una blusa blanca con cuello alto. Llevaba el pelo negro brillante trenzado en un perfecto nudo francés y su pintalabios rojo brillante la hacía parecer una estrella de cine de la Edad de Oro de Hollywood.

Gritó a un mozo de cuadra mientras intentaba mantener firme al animal para que no la despistara. El caballo era mucho más grande que Jocara; debía de ser de otra raza. Su cuidador, sin embargo, no parecía intimidado lo más mínimo por su comportamiento salvaje.

Michelle tardó un momento en darse cuenta de que la mujer le estaba hablando. Gritaba algo enfadada en árabe. Michelle no tenía ni idea de lo que quería.

"¡Saca a esa yegua de aquí!", declaró la mujer, esta vez en inglés.

"Oh", respondió Michelle, sonando como una idiota. "Lo siento. Sí, claro". Llevó a Jocara de vuelta a su establo y volvió a buscar a la mujer.

"Um", Michelle sintió que estaba interrumpiendo, pero aquella mujer parecía su mejor opción. "Siento molestarte, pero estoy en un aprieto y necesito ayuda".

"¿En un aprieto?" La mujer le sonrió. "¿Qué haces en el granero? ¿Te has perdido? Supongo que eres amiga de Amir".

"Bueno -respondió Michelle-, ésa es una historia complicada. Pero sí, podría decirse que soy una conocida de Amir. En realidad, ése es mi problema. Quiero decir su problema. Quiero decir -Michelle sacudió la cabeza-, ése es el problema. Hemos cabalgado hasta el oasis, a una media

hora de distancia, y ahora está varado. Creo que hay que rescatarlo".

"¿Abandonado?", se rió la mujer. "¿Cómo demonios ha ocurrido? ¿Se le ha escapado el caballo?"

"Podría decirse que sí", contestó Michelle.

La mujer miró a Michelle y una sonrisa se dibujó en sus labios. Michelle sabía que probablemente no tenía buen aspecto después de aquella agitada cabalgada por el desierto y, desde luego, no podía seguir el ritmo de aquella dama cuando se trataba de montar a caballo. Pero a la dama parecía gustarle lo que veía.

"De acuerdo", respondió finalmente. "Lo llevaré a casa". Cabalgó lentamente hasta la puerta. Se detuvo un momento más y le dijo a Michelle: "Ah, y cariño -advirtió-, quizá quieras arreglarte y unirte a Farah en el jardín antes de que volvamos."

Michelle no tenía ni idea de quién era Farah ni de por qué necesitaba "ponerse en orden" para reunirse con ella, pero decidió que, de momento, confiaría en la misteriosa jinete. No le cabía duda de que Amir se enfadaría bastante cuando volviera.

Bien, pensó. Tal vez entonces perdiera por fin el interés en retenerla como rehén. Se merecía lo que le había ocurrido. Después de todo, ya había intentado abordarla de nuevo. Tenía que aprender que no siempre podía llevarse todo lo que quería.

Michelle se arrastró por la casa y regresó a su dormitorio. Se lavó en la ducha, se ató el pelo en un nudo francés como había visto en la mujer del establo y se puso un caftán negro limpio adornado con bordados y abalorios plateados. Comprobó su reflejo y volvió a sentirse satisfecha con lo que veía.

No fue difícil encontrar a Farah. De hecho, Michelle podía oír la voz de la mujer mayor retumbando por el patio mientras ella seguía en su habitación. Respiró hondo, se alisó el caftán por última vez y salió al jardín, en dirección al ruido.

Allí se encontró con una anciana de aspecto rudo rodeada de sirvientes adolescentes, entre ellos una sonriente Amsah que llevaba una bandeja con aperitivos. La señora parecía estar dando órdenes a las chicas, que de vez en cuando salían corriendo con varias bandejas y volvían.

Amsah vio a Michelle y agitó la mano con entusiasmo.

"¡Ajá!", la señora era, como Michelle había adivinado, Farah. "¡Así que ésta es la nueva señora de la casa! Deja que te mire. Maravillosa". Hizo girar a Michelle.

"Oh, me temo que ha habido un malentendido", intentó explicar Michelle mientras la examinaban.

"Claro, sí, ya me he enterado. Parece que Amir está haciendo las cosas a la antigua usanza. Sabes -Farah se inclinó hacia Michelle como si le estuviera contando un secreto-, en mis tiempos, ésa era la moda. Por supuesto, no funcionó así con el padre de Amir y conmigo, pero muchas parejas sorprendieron a sus familias de ese modo. Qué romántico".

"Ah, ¿así que eres la madre de Amir?". Michelle nunca lo habría imaginado. Esta mujer era absolutamente efusiva. Tampoco era precisamente alta y más bien rellenita. ¿Cómo había llegado Amir a tener el aspecto que tenía?

"No, querida, la madre de Amir fue la primera esposa de mi marido".

"Ah", Michelle no supo qué responder a eso.

"Yo soy su tercera esposa. Su segunda es la amazona que viste en el granero". Farah sonrió ampliamente. "Y su cuarta está en una de sus misiones para salvar el mundo. Cariño, ¿qué te pasa?

Farah debió de notar que a Michelle se le congelaba la cara. Oh, pensó Michelle. Ya lo creo. Por eso Amir no parecía preocupado lo más mínimo por si sería una buena esposa. Si no podía asumir la responsabilidad de ser su esposa, podría casarse con una segunda, tercera o incluso cuarta. Ella sólo sería una más en su colección.

No tenía ni idea de por qué le dolía tanto la perspectiva de que Amir se casara con otras mujeres. Ni siquiera le gustaba el tipo. Apenas le conocía y la mantenía cautiva contra su voluntad. Probablemente no volvería a verle cuando escapara. No significaba nada para ella.

Pero, por alguna razón, darse cuenta de que ser su esposa no significaba ser la única la había golpeado con fuerza. Sintió una especie de dolor punzante en el centro del pecho que era completamente nuevo para ella. Intentó mantener su fachada para que Farah no se diera cuenta de su angustia, pero sabía que probablemente parecía como si alguien le hubiera dado una patada en la boca del estómago. Podía ver su miedo reflejado en los ojos de la anciana.

"¿Un higo, quizás?" Farah le ofreció una bandeja de plata.

Michelle cogió una fruta empapada en miel y la masticó con desgana. Se sentía un poco como si estuviera experimentando la versión desértica de una ruptura, tras la cual primero te atiborras a toneladas de helado.... Sin embargo, agradeció el gesto y, por alguna razón, comer dulces tenía un efecto calmante sobre sus nervios.

"Gracias, Sheikha -respondió Michelle, tomando una segunda pieza de fruta. Se dejó caer en una silla junto a Farah y observó el patio. Probablemente sólo dispondría de una hora más o menos antes de que Amir regresara, así que pensó que debía hacer lo posible por hacerse querer por su madre. ¿O a su madrastra? Ni siquiera sabía cómo describirían su relación con ella.

"¿Te lo está haciendo pasar mal, querida?", le preguntó Farah con dulzura, tendiéndole una taza de té. "Sé que puede ser un poco.... testarudo. Muy crítico". Inclinó la cabeza hacia un lado, bebió un sorbo de té, pensó un momento en Amir y asintió para sus adentros. "Testarudo".

Michelle resopló. Testaruda. Bueno, ésa era una forma de describir a un hombre que secuestraba mujeres y luego esperaba que se sometieran felizmente a la vida matrimonial.

"En realidad no es el tipo duro que pretende ser", continuó Farah. "Sólo tenía diez años cuando murió su madre y eso le rompió el corazón. Pero sintió que tenía que ser fuerte por sus hermanos pequeños. Todo es una actuación".

"Oh", Michelle no quería decir eso, pero aun así sintió compasión por Amir. No sabía que había perdido a su madre de niño. De hecho, no sabía nada de él personalmente. Sólo que era un matón. "¿Estaba enferma?

"Murió en un accidente de equitación. Ésos eran sus caballos, que ahora él cría y hace correr. Son sus tesoros. Los trata como a sus hijos".

Michelle se sintió un poco mal por planear el secuestro de uno de sus "hijos", pero en realidad no tenía elección. Además, no tendría que secuestrar a uno de sus "hijos" si él no la hubiera secuestrado a ella primero.

"Sabes -continuó Farah-, empezamos a temer que nunca se casara. Llevamos diez años ocupadas casándole. Pero ni se le ocurriría conocer a una de las chicas guapas que le propusimos. Amir puede ser muy rígido en sus costumbres. Está tan acostumbrado a ocupar una posición de liderazgo y a tomar sus decisiones solo". Sheikha bebió un poco de su té. "Pero esto es ridículo", continuó. "Un hombre adulto necesita una esposa. Al menos una esposa. Quiero decir, mira este lugar". Hizo un gesto con los brazos y señaló el patio. "Necesita el toque de una mujer".

Michelle miró al otro lado del patio, sorprendida. Le encantaba aquel lugar. Estaba decorado con gusto, bien cuidado y lleno de pequeños detalles, como árboles frutales y flores. Se preguntó si tendría alguna idea para mejorar algo, pero no se le ocurrió nada. Jesús. Podía pensar en una larga lista de quejas sobre Amir sin tener que pensar mucho. Pero ni su falta de hospitalidad ni sus dotes de ama de casa figuraban en esa lista.

Le sorprendió oír que no salía con mujeres y que su familia estaba preocupada por su aparente falta de interés por las mujeres. Todo su comportamiento hacia ella demostraba que era un hombre que conocía el cuerpo femenino. Era evidente que tenía mucha experiencia a la hora de poner cachondas a las mujeres. El mero hecho de estar cerca de él había hecho que Michelle hiciera cosas que no podía explicar.

Sus recuerdos volvieron a los sucesos del oasis. Santo cielo. Era un hombre increíble. Michelle sólo le había visto una vez. Cuando él le preguntó si le estaba mirando, ella apartó inmediatamente los ojos. Aun así, meditó en su mente cómo podría dejar que las yemas de sus dedos rozaran su amplio pecho y sus músculos. Nunca había estado con un hombre tan en forma. Amir tenía un six-pack tan magnífico que resultaba difícil de creer. Hasta ahora, la mayoría de sus hombres tenían barrigas cerveceras.

Se preguntó cómo sería sentarlo sobre sus muslos. Era tan fuerte y atlético. Se imaginó cómo sería capaz de agarrarle las caderas y moverlas arriba y abajo. Ya había demostrado que para él era poca cosa levantarla. Se sentía tan pequeña a su lado.

Su ensoñación completamente demencial se vio interrumpida por el sonido de un portazo y unos gritos en árabe. Michelle se quedó helada. Estaba segura de que había oído la voz de Amir. No tuvo que esperar mucho para ver confirmadas sus sospechas. La puerta del vestíbulo que daba al patio se abrió de golpe y Amir irrumpió por ella, seguido de cerca por la mujer que Michelle había conocido antes en el caballo blanco.

No parecía contento. Incluso desde la distancia, Michelle pudo ver que estaba sudoroso y sucio. Al menos iba vestido, pensó. Junto con su ropa, tenía una expresión facial que le decía a Michelle lo enfadado que estaba por su pequeña acción.

Michelle ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Amir cruzó el patio, ignorando las protestas de sus dos madres. Derribó la mesa con el samovar, levantó a Michelle de la silla y se la echó al hombro como un saco de patatas.

# CAPÍTULO DIEZ



"¡Amir, de verdad!" Michelle oyó a la mujer que había conocido pero que aún no le habían presentado formalmente. No podía verla. No podía ver a ninguna de las madres de Amir. De hecho, no veía nada en absoluto, salvo la camisa empapada de sudor de Amir.

"Bájame", exigió, gritando contra su pecho. En lugar de dejarla en el suelo, él le rodeó las piernas con un fuerte brazo y le puso la otra mano en el trasero, impidiéndole moverse libremente.

Michelle aún podía oír las protestas de las dos mujeres mayores cuando Amir hizo su movimiento y se la llevó. La sujetó con fuerza, pero eso no impidió que intentara liberarse. Aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de escapar de él, tenía que intentarlo, sólo para preservar su sentido del honor y el orgullo.

Él se movió con rapidez, llevándola a través del patio, y luego por una puerta por la que ella no creía haber pasado antes. Caminaron por un largo pasillo, la mano de Amir estaba en su trasero y ella seguía intentando liberarse.

Michelle sólo podía ver las baldosas rojas del suelo, salpicadas aquí y allá de macetas con plantas. Ninguno de los criados de Amir estaba presente. Supuso que sabían cuándo desaparecer.

Finalmente se detuvieron al final del largo pasillo y cruzaron una puerta. Las baldosas rojas dieron paso a tablones de madera oscura y Michelle pudo oler a cedro y almizcle. Supo que estaban en sus aposentos privados antes de que él la arrojara sobre la cama.

"Amir...."

No tuvo tiempo de terminar la frase. Iba a intentar hablar con él. Si no funcionaba, le suplicaría. Nada más pronunciar su nombre, él le apretó la lengua contra los labios.

Las manos de Amir encontraron las muñecas de Michelle y tiraron de ellas por encima de su cabeza. Le cruzó las muñecas y las sujetó con fuerza para que no pudiera apartarlo. Su otra mano se dirigió a su pelo, que sujetó mientras la besaba.

Ella notaba que su polla ya estaba dura. Amir había conseguido meterse entre sus muslos y la fina y transparente tela del caftán apenas le cubría la vagina. Su virilidad le presionaba contra los

pantalones y dentro de los suaves labios de ella.

Michelle quería rechazarlo, volver la cabeza, pero no podía. Al principio no podía porque él la mantenía inmóvil. Pero era más que eso. Tampoco podía dejar de responderle. Casi se sentía como si su cuerpo fuera una especie de droga o veneno. Cada vez que lo probaba, perdía la fuerza de voluntad.

Amir mordió y chupó el labio inferior de Michelle y ella se encontró palpando sus labios con su propia lengua. Él respondió abriendo la boca para que ella pudiera explorarlo como él la había explorado a ella. Michelle aún podía saborear los higos y la miel que había comido y el único sonido de la habitación eran los gemidos de su marido.

Apretó la polla contra ella y sintió que se mojaba, que la humedad se filtraba a través de la fina seda del pijama que la cubría. Michelle no llevaba ropa interior. No se la habían dado, y la ropa interior que llevaba cuando llegó había que lavarla. El contacto con Amir la excitó más de lo que había estado en meses, y no pudo controlar en absoluto su reacción.

Apretó los muslos contra el torso de Amir y levantó un poco las caderas para recibir su contacto. Amir separó sus labios de los de ella y los movió lentamente hacia abajo, besando la zona sensible justo debajo de la mandíbula, luego la zona detrás de la oreja, luego el cuello, donde el cuello se unía con el hombro. Esto siempre la volvía loca.

"Amir", volvió a gritar, esta vez sin protestar.

Amir soltó el pelo de Michelle y rápidamente, como si estuviera hecho de papel de seda, rasgó la parte delantera de su caftán, dejando al descubierto sus pechos desnudos. Ella jadeó e inmediatamente encontró el pulgar de Amir en su boca, apretando los labios.

A medida que los besos de Amir bajaban más y más, deslizándose por su clavícula recién descubierta, se vio obligado a soltar las manos de Michelle. Sin embargo, una vez liberada, ella no se resistió. Agarró la sábana con una mano y deslizó la otra entre sus rizos oscuros, empujándolo aún más hacia abajo.

Él sabía lo que ella quería, pero no quería dárselo de inmediato. Se burló de ella, besando el bulto entre sus pechos y luego deslizando suavemente los labios sobre ellos. Michelle tensó la espalda y sus dedos aferraron los rizos de Amir. Él se rió suavemente antes de ceder por fin y llevarse a la boca uno de sus pezones duros y rosados.

Michelle gimió de placer mientras Amir lamía y chupaba las duras puntas de sus pechos. El aire de la habitación era cálido, pero se sintió fresco en los pezones cuando él retiró la boca, aunque sólo fuera para prestar atención al otro pecho. Lo único que le impedía seguir atrayendo su atención hacia los pezones palpitantes era el calor que emanaba de su húmeda hendidura.

Sabía que tenía que detenerlo, pero hacía mucho tiempo que no la tocaban así. Y, desde luego, nunca la había tocado un hombre tan atractivo. Le bajó el vestido roto y ella levantó ligeramente las caderas para que él pudiera quitárselo.

"Preciosa", murmuró él, admirando su cuerpo desnudo. "¿Por qué tenías tanto miedo de dejar que te mirara? Eres una mujer preciosa".

Michelle sabía que probablemente Amir le estaba mintiendo, pero algo en el tono de su voz le

hizo pensar que lo decía sinceramente. Hablaba tan bajo que era casi como si hablara consigo mismo en lugar de dirigirse a ella.

Amir se echó las piernas de Michelle sobre los hombros y enterró la cara en su húmeda vergüenza. Ella gritó y rogó a Dios que el personal de su casa no estuviera al alcance de sus oídos. Amir gimió y sorbió su humedad como si goteara miel. Deslizó la lengua por sus labios, se sumergió en su coño y lamió apenas perceptiblemente su duro clítoris.

Sus burlas la hicieron frotarse el coño en la barba incipiente de su cara. Él la besó intensamente, pasándole la lengua por los labios y probándola con un dedo, pero apenas le tocó el clítoris.

Pero cuando lo hacía, su lengua era tan ligera que ponía en alerta todos sus sentidos. Cada vez que le pasaba la lengua por el duro clítoris, todo su cuerpo se llenaba de electricidad. Ella gimió y cedió, y Amir le puso ambas manos bajo las nalgas para poder sujetarla con fuerza mientras jugaba con ella.

Se puso de rodillas y jugueteó con los botones de la camisa. Sólo tardó un segundo en revelar el pecho con el que Michelle había estado soñando. Pero cuando se desabrochó el cinturón, ella volvió a la realidad.

"Amir, espera. Tenemos que parar. No deberíamos estar haciendo esto".

"¿No deberíamos estar haciendo qué, cariño?", preguntó Amir, desabrochándose la pajarita. "Esto es lo que los hombres hacen a sus mujeres". Se levantó, se quitó las botas de montar, se bajó los pantalones y Michelle pudo ver su abultada y dura polla. Por supuesto, su polla tenía que estar a la altura del resto de su cuerpo, pensó. Claro que tenía que ser perfecta.

"¿Mujeres?", exigió, "lo siento Amir, no soy Samarri. No me interesa ser una de tus mujeres". Intentó colocarse el caftán de modo que volviera a estar cubierta. El camino de vuelta a su habitación sería humillante, sobre todo si tenía que cruzar este patio, pero tenía que detenerse antes de hacer algo de lo que se arrepintiera.

Amir se rió de sus objeciones. "¿Cuántas esposas tengo?", preguntó. "Sólo sabía de una".

"Acabo de conocer a dos de las esposas de tu padre, Amir. Mira, no digo que tu cultura esté mal. Sólo que no me interesa compartir marido. Puede que a tu madre le fuera genial, pero yo no me crié así".

"¿Mi madre?" El rostro de Amir se ensombreció. "Mi madre nunca compartió marido. Mi madre era francesa, no es que importe. Pero ésa no es la cuestión". Volvió a subirse a la cama y se acercó a Michelle a cuatro patas. "Tu opinión sobre mi cultura es irrelevante. Ya estamos casados y estoy harto de tus juegos".

Michelle intentó escapar con el caftán enrollado a su alrededor como si fuera una toalla, pero Amir agarró la tela y tiró de ella para ponerla boca arriba. Ella le dio una patada con las piernas, pero él la agarró y le puso las piernas sobre los hombros. Se inclinó para que ella quedara inmovilizada bajo su considerable peso, con el coño totalmente expuesto ante él.

"¿Creías que podías provocarme así y que no aguantaría lo que me esperaba?", preguntó, frotando la punta de la polla contra la hendidura del placer de Michelle. "Deja de resistirte, Michelle. "No aceptaré más tu comportamiento infantil". Apretó ligeramente la polla contra el

centro húmedo y suave de ella.

"No puedes tratarme como si fuera de tu propiedad, Amir", replicó Michelle. "No soy uno de tus caballos que puedes montar cuando quieras". Intentó liberar las piernas para despistarlo, pero no podía moverlo. Era demasiado grande.

"No estoy de acuerdo", sonrió Amir y empujó dentro de Michelle. Sólo penetró unos centímetros, pero Michelle gritó y le golpeó el costado de la caja torácica. Amir gruñó, agarró las manos de Michelle y las apoyó en el colchón, junto a su cabeza.

La penetró cada vez más profundamente. Hacía siglos que no la follaban y su polla era muy gruesa. Sintió que su abdomen se dilataba para acomodarse a él, pero se sentía jodidamente bien.

"Maldito seas, Amir", siseó, en parte por lo que le estaba haciendo, en parte porque le sentaba de maravilla.

"Eso es, pequeña lince. ¿Te gusta duro? Se inclinó hacia ella y le metió la lengua en la boca. El movimiento hizo que su polla se deslizara en toda su longitud en la apretada hendidura de Michelle. Ella gritó de placer y dolor, y Amir aprovechó la oportunidad para besarla.

Empujó despacio al principio, retirándose a mitad de camino, y luego volvió con suavidad, haciendo que el cuerpo de Michelle se adaptara a su grosor. Se sentía muy bien, y algo en aquella postura le daba a Michelle en el punto justo. Quería odiarlo, pero su cuerpo le respondía de un modo que no podía controlar. Le ordeñó la polla como si quisiera dejársela seca y él aceleró el ritmo, follándola un poco más fuerte.

"Dios mío, estás tan apretada y húmeda", jadeó antes de volver a besarla intensamente.

Las piernas de Michelle temblaron un poco cuando empezó a sentir la presión en el vientre. Luchaba con todas sus fuerzas, pero coger la polla de Amir en aquella postura era demasiado intenso. Su coño se apretó alrededor de las partes privadas de Amir y se dejó llevar hasta allí.

"Joder, Amir, Dios mío". Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el placer la inundara. Se corrió en oleadas y ni siquiera la sonrisa de satisfacción que pudo percibir en el rostro de Amir mientras la besaba la distrajo de las sensaciones que recorrían su cuerpo.

Por fin empezó a relajarse cuando su orgasmo remitió, pero no se sintió muy aliviada. Sentía que Amir empezaba a correrse. No habían utilizado anticonceptivos. El pánico se apoderó de su rostro e intentó apartarlo de ella, pero ya era demasiado tarde.

Amir gritó y se corrió tan fuerte como Michelle, derramando su semilla en su interior. Le dio unos cuantos empujones fuertes y se apartó un poco cuando terminó. Abrazó a Michelle y la besó. Su polla se quedó flácida mientras seguía hundida dentro de ella.

Cuando por fin la sacó, Michelle estaba demasiado agotada para asustarse. Amir se tumbó de espaldas junto a ella. Ella apoyó la cabeza en su pecho y se dejó llevar por el sueño. Por la mañana se enfrentaría a las consecuencias de su comportamiento.

# CAPÍTULO ONCE



Aún estaba oscuro cuando Michelle se despertó. Oyó a Amir respirar suavemente y sintió su pecho subir y bajar bajo su mejilla. No podía decir cuánto tiempo llevaba dormida, pero parecía tarde. La casa estaba en silencio y la luna llena brillaba a través de las lamas de las oscuras contraventanas de madera de Amir.

Intentó liberarse del abrazo de Amir sin despertarlo. Muy despacio, apartó el brazo que le cruzaba el pecho y apartó la pierna izquierda de sus cálidos muslos. Estaba segura de que él dormía profundamente cuando ella rodó sobre su espalda y luego sacó los pies de la cama.

"¿Tienes sed?", le preguntó con voz clara y brillante. Estaba completamente despierto y su pregunta sobresaltó a Michelle. "Espero de verdad que no vuelvas a huir. Sobre todo después de cómo me has utilizado".

"¿Perdona?", murmuró Michelle. "Estoy bastante segura de que me sujetaste y luego me utilizaste".

"Me sedujiste", replicó Amir. "No tuve ninguna oportunidad contra tu encanto. ¿Por qué si no te pasearías por mi casa con un vestido completamente transparente? Fue muy valiente por parte de mis tías. Las chicas americanas no conocéis la timidez".

Michelle se sonrojó. "¿De verdad fue tan malo?" No se había dado cuenta de que el caftán mostraba más de lo que ocultaba a la luz del día.

"Bueno", Amir reflexionó sobre su pregunta, "si tuviera un harén, probablemente habrías encajado perfectamente".

Michelle se volvió hacia Amir. No tenía sentido empezar una discusión en mitad de la noche y no tenía muchas ganas de volver a su habitación. "Hablando de harenes, ¿cómo acabó tu padre con cuatro esposas?".

A Michelle le había sorprendido oír la verdad sobre la madre de Amir. No sabía que Amir era sólo medio samaritano y se moría por saber cómo era posible que una francesa se hubiera casado con un jeque de Samarra. Hasta la fecha, era absolutamente inusual que un miembro de la familia real se casara con extranjeros. En la época en que la madre de Amir se casó con su padre, debía de ser algo totalmente inaudito.

"Lo siento -continuó ella-, no pretendía sacar un tema delicado".

"No, tienes derecho a preguntar. Es mejor que me preguntes a mí que fiarte de los cotilleos. Mi padre conoció a mi madre cuando estudiaba en París".

"¿En la Sorbona, como tú?".

"Sí", continuó Amir. "Nunca había salido de Samarra, pero siempre había soñado con viajar. Era un gran aficionado a la literatura francesa e imaginaba que sus días estarían llenos de discusiones filosóficas en los cafés mientras sus noches se llenaban de hermosas y exóticas chicas francesas." Amir se puso de lado y miró a Michelle. "Por supuesto, los hombres como mi padre -extranjeros, y especialmente los que no eran blancos- no eran precisamente bienvenidos en la sociedad francesa de entonces."

Amir apartó el pelo de la cara de Michelle. Resultaba fascinante oírle hablar del romance de sus padres, pero por su tono cuidadoso y pausado, ella se daba cuenta de que era un tema doloroso para él.

"De todos modos, mi padre no era bienvenido en ningún sitio. No le invitaban a ninguna de las fiestas o reuniones a las que asistían sus compañeros, y cuando iba solo a los cafés, a menudo los camareros le ignoraban. Estaba descontento y desconsolado por lo equivocado que había estado con respecto a Francia. Nunca había estado fuera de Samarra, así que era un ingenuo en cuanto a lo bien recibido que sería. Sus notas empezaron a bajar y corría peligro de que le echaran de la universidad".

Michelle comprendía perfectamente cómo debía de sentirse el padre de Amir. Ella también había pasado toda su juventud soñando con lo bien que se lo pasaría en la universidad. Todos los libros y películas que había leído o visto sobre cómo iba la gente a la universidad le hacían pensar que era el lugar donde todo el mundo conocía a sus mejores amigos y hacía amistad con gente nueva todo el tiempo.

Por desgracia, también había tenido que aprender una dura lección cuando llegó a la universidad e intentó ingresar en una hermandad. Al parecer, no era lo bastante rica ni guapa para ser miembro. Al final había encontrado a algunas personas que se convirtieron en sus amigas. Pero sabía lo malo que era que otras personas te dejaran fuera de la vida con la que siempre habías soñado por razones totalmente ajenas a tu voluntad.

"De todos modos -continuó Amir-, mi padre tuvo que contratar a un tutor para ponerse al día. Así conoció a mi madre. Ella era su profesora, y sus historias sobre su hogar la fascinaban. Resultó ser su sueño ver mundo. Así que se convirtió en una historia con final feliz. Mi padre consiguió a su chica francesa y mi madre consiguió su aventura".

Amir dedicó a Michelle una sonrisa dolorida. Sabía que aquella historia no tenía realmente un final feliz. O al menos que la parte feliz no era el verdadero final. No le instó a continuar, sino que se acurrucó junto a él. Él la abrazó y su cuerpo la calentó.

"Tuvieron cuatro hijos. Mis tres hermanos y yo. Éramos una familia poco corriente en Samarra; ningún hombre estaba casado con una extranjera y la mayoría de las familias tenían varias madres. Sin embargo, éramos felices. Mi padre le dio a mi madre todo lo que siempre había querido, y lo que más deseaba eran aquellos caballos. Pero, por desgracia, ya sabes cómo acabó

aquello".

Michelle acarició el brazo de Amir. Quería consolarle, pero sabía que cualquier cosa que dijera parecería trivial o condescendiente. "¿Cómo era? -preguntó con auténtica curiosidad.

"¿Mi madre? Amir parecía sorprendido. "Le encantaban los caballos rápidos. Siempre estaba sonriendo y bromeando. Era una buena madre para nosotros, los niños; estaba llena de vida y nunca se enfadaba cuando hacíamos ruido o correteábamos. Nos animaba a correr riesgos y ella también corría muchos. Supongo que ésa fue su perdición".

La voz de Amir era suave y grave. Debían de haber pasado más de veinte años desde el accidente de su madre, pero Michelle se daba cuenta de que su dolor y su pérdida aún le dolían.

"Quizá mi padre no debería haberle permitido entrenar ella misma a esos caballos. Desde luego, nadie más en Samarra lo consideraba apropiado. Sus aficiones eran todo un escándalo en la sociedad de Samarra. Nadie pensaba que hubiera sitio para una mujer a lomos de un caballo de carreras. Quizá todos tenían razón".

Amir suspiró: "Sin embargo, mi padre nunca pudo decir que no a mi madre. Después de su accidente, se sintió responsable. Tenía cuatro niños pequeños sin madre. Ésa fue entonces la razón por la que retomó nuestras tradiciones. Se casó de nuevo, tres veces, todas viudas sin hijos. La primera fue la tía Ara, a la que conoció en el granero. En realidad tiene mucho en común con mi madre, que también era una gran amazona. Sin embargo, no es muy aficionada a las carreras. Luego estaba la tía Farah, a la que conociste en el patio. Probablemente sea la más tradicional de mis tías, en el sentido de que le encantan las cosas domésticas como la decoración y la planificación de las comidas. Luego estaba la tía Ghazal, a la que rara vez vemos estos días. Tiene todo tipo de proyectos de ayuda que dirige. Por eso mi familia ha crecido tanto".

"Vaya", respondió finalmente Michelle. "¿Cómo ha acabado teniendo tres esposas? Además, todas parecen muy diferentes".

"Es habitual que los hombres ricos se casen con cuatro esposas. Es muy difícil para las mujeres vivir en Samarra sin parientes varones, así que cuando mis tías enviudaron sin hijos, tuvieron que volver a casarse. Y mi padre ya tenía fama de hombre moderno, así que era un buen partido, sobre todo para mujeres como Ara y Ghazal."

"¿Cómo fue crecer con ellos tres?"

"Bueno -dijo Amir-, algunas cosas eran buenas. Cada una tiene su propia visión de las cosas. Puedo hablar con la tía Ara sobre caballos o pedir ayuda a la tía Farah para cosas como organizar fiestas. Algunas cosas eran más duras, como su implacable regaño sobre la forma en que llevaba mi vida personal. Dios mío, cuando las tres se unieron para desafiarme sobre mi falta de perspectivas matrimoniales, tuve que inventarme literalmente viajes de negocios para salir de mi propia casa".

Michelle se rió suavemente, acariciando con los dedos el pecho de Amir y jugando con sus rizos oscuros. "¿Sabes?", dijo, "creo que tus tías y las mías tienen mucho en común".

Amir se acercó a Michelle y tiró de ella. "¿Sí?", respondió él, mirándola con una sonrisa. "¿Qué hacía una mujer guapa y con éxito de tu edad sin marido?".

"Oh", respondió Michelle, "supongo que no había encontrado al adecuado". "Me estabas esperando", replicó Amir. La atrajo hacia sí, la besó y se llevó el labio inferior a la boca. Esta vez Michelle no se resistió. Le devolvió el beso y le pasó las manos por el pecho ancho y musculoso.

Dejó que le introdujera la lengua en la boca y respondió con movimientos de la lengua. Michelle podía sentir cómo crecía la excitación de Amir. Movió un poco las caderas para que sus labios encerraran la polla hinchada de él.

La situación se aceleraba rápidamente. Movió su cuerpo hacia delante y hacia atrás sobre él mientras sentía que se mojaba cada vez más. El tronco de la polla le rozaba los labios y el clítoris de un modo que la excitaba violentamente. Amir agarró a Michelle por la cintura y empezó a ponerla boca arriba.

"Amir", le detuvo, "deja que te monte". Normalmente no era tan atrevida, pero algo se había apoderado de ella.

Aflojó el agarre y se relajó sobre la almohada mientras Michelle se sentaba sobre él. Ahora podía ver cada centímetro cuadrado de ella, incluidos sus pechos y su vientre demasiado grandes. Michelle siempre se había sentido incómoda porque no se consideraba especialmente atractiva. Pero la mirada de Amir le dijo que él tenía una opinión muy distinta al respecto.

Se lamió los labios mientras sus ojos se detenían en sus tetas y le rodeó la cintura con las manos. Michelle levantó ligeramente las caderas y cogió con la mano la punta del pene, que ya brillaba con gotas de semen. Bajó lenta y suavemente, y Amir cerró los ojos y gimió.

A diferencia de la primera vez que tuvieron sexo, esta vez se deslizó dentro como si hubiera estado dentro de ella. Michelle se balanceó suavemente hacia delante y hacia atrás, disfrutando de la sensación de Amir deslizándose dentro y fuera de ella. La plenitud le resultaba familiar y excitante, y se movía cada vez con más fuerza, pues cada retirada sólo hacía que lo deseara más.

"Michelle", gimió Amir, apoyando la cabeza en la almohada. "No sabes lo que me estás haciendo".

La agarró por la cintura y la empujó con más fuerza hacia arriba y hacia abajo sobre su polla. El placer que se extendía desde el coño de Michelle hasta el vientre y el pecho le hizo olvidar todas sus inseguridades. Sentía que sus pechos rebotaban, pero no le preocupaba lo más mínimo su aspecto. Sabía que le temblaban los muslos, pero no le importaba. Habría hecho cualquier cosa en aquel momento para conseguir la liberación que ansiaba.

Sentir la sacudida de la polla de Amir dentro de ella fue suficiente para que Michelle se excitara por completo. Gritó su nombre mientras su cuerpo temblaba y se inclinaba sobre el suyo. Estaba tan excitada por su propio orgasmo que apenas se dio cuenta cuando él tuvo el suyo.

Cuando dejó de temblar, se desplomó sobre su pecho. Ambos jadeaban y sudaban. Amir la besó y la rodeó con los brazos, estrechándola contra sí. Ella apoyó la cabeza en su pecho y se quedó dormida, escuchando los latidos de su corazón.

# CAPÍTULO DOCE



El sol entraba por las persianas y daba directamente en los ojos de Michelle. Parpadeó y levantó la cabeza, un poco sorprendida al darse cuenta de dónde estaba.

Amir roncaba suavemente debajo de ella, esta vez realmente dormido. Michelle intentó separarse de él sin despertarlo. La mezcla de semen y sudor que había sido tan sexy hacía sólo unas horas estaba ahora seca y pegajosa, y Michelle necesitaba desesperadamente un baño.

Dios mío. Le dolía y palpitaba entre las piernas. Ni siquiera podía culpar a Amir de su dolor, ya que lo había cabalgado como si sonara el apocalipsis. ¿En qué demonios había estado pensando?

¿De verdad hacía tanto tiempo que no follaba de verdad? Quería enfadarse con Amir por lo que había hecho la noche anterior, pero había sido ella la que se había subido encima de él la segunda vez y estaba desesperada por continuar.

Se dijo a sí misma que debía de ser el síndrome de Estocolmo. Era la única explicación lógica de por qué se había lanzado sobre un hombre al que debería haber odiado.

Sólo Dios sabía cómo cambiaría la dinámica de su relación aquel encuentro de la noche anterior. Algo le decía a Michelle que Amir ya no estaría dispuesto a atender a razones y dejarla marchar después de haber tenido el sexo más intenso de toda su vida. Al menos fue el sexo más intenso de su vida. Por lo que Michelle sabía, era una noche de martes cualquiera para Amir.

Michelle se apartó de Amir y sacudió la cabeza. Tenía que dejar de pensar en lo genial que era estar con él. Estaba actuando como una joven adolescente loca y necesitaba despejarse. Se sacudió el pelo y arrastró los pies por el suelo de madera hasta lo que supuso que era su cuarto de baño.

Cerró la puerta y abrió el grifo, dejando que el agua caliente llenara lentamente la habitación de vapor. Aquel cuarto de baño era más grande que su dormitorio en casa de sus padres. Estaba lleno de una bañera ornamentada, una ducha separada y accesorios dorados. Se preguntó si el dorado sería real. Podía serlo.

Michelle se metió en la bañera y se tumbó en el agua hasta que sólo asomó la cabeza. El agua caliente le quitó la pegajosidad y la hizo sentirse como una mujer nueva. Hacía meses que no se bañaba. En la clínica sólo había duchas donde la presión del agua era débil y el agua caliente

escasa. Esta bañera era un lujo, incluso sin lo que podría haber sido un grifo de oro.

Podría acostumbrarse a un lugar así. Lástima que perteneciera a un secuestrador psicótico con valores retrógrados y una vena tiránica. Un hombre que creía que podía llevarse lo que quisiera. Un hombre con problemas de control. Un hombre con el cuerpo más delicioso que ella había visto jamás.

Michelle se sumergió profundamente en el agua, hundiendo la cabeza, incluido el pelo. No podía olvidar lo que había sentido Amir. Si era sincera consigo misma, no era sólo que hacía tiempo que no practicaba sexo. También había algo especial en él.

Si le hubiera conocido en otras circunstancias. Soñaba con cómo habría sido salir con él y conocerlo mejor. Nunca pensó que alguien como Amir pudiera siquiera interesarse por alguien como ella. Sabía muy bien lo sencilla que era, no quería engañarse.

Pero ahora no sólo estaba interesado en ella, sino que estaba casado con ella y la retenía contra su voluntad. Tenía que librarse de él. Empezó a enamorarse de Amir y de esta nueva vida que él le ofrecía, hasta el punto de olvidar su propia vida en el proceso.

Hablar con Amir era obviamente imposible. Ni siquiera pedir ayuda a su familia, ya que estaba tan decidida a verle finalmente casado. Los caballos eran realmente su única opción. Tendría que ir ella misma al establo, hacer creer a los mozos de cuadra que sólo quería hacer ejercicio y luego dar un paseo.

Michelle saltó de la bañera y se secó con una de las esponjosas toallas blancas de Amir. Se envolvió el cuerpo con ella y abrió la puerta tan silenciosamente como pudo, esperando que Amir siguiera durmiendo.

"¿Tienes hambre? Amir se sentó en una mesita bajo una ventana y se sirvió un poco de té. "He hecho que nos trajeran el desayuno. Y algo de ropa para ti", señalando un montón de tela azul sobre la cama.

Michelle se sentó con él, evitando su mirada. Aceptó el té que le ofrecía, pero no se atrevió a comer nada. Tenía el estómago lleno de mariposas y sentía el inmenso peso de la culpa sobre los hombros, aunque sabía que no había hecho nada malo.

"¿Va todo bien?", preguntó Amir, haciendo una pausa con su té y las cejas levantadas.

Michelle levantó la cabeza y lo miró. Estaba allí sentado, disfrutando de su desayuno, como si fueran un matrimonio cualquiera. Le entraron ganas de darle algún tipo de respuesta socarrona, o tal vez de ponerlo en su sitio. Al fin y al cabo, se lo merecía.

Pero discutir con él no facilitaría la huida. Se limitó a negar con la cabeza y siguió sorbiendo su té sin mirarlo.

"De acuerdo", Amir dejó la taza y se levantó. "Hoy tengo trabajo que hacer. Puedes pasarte el día haciendo los preparativos de la boda -luego se detuvo un segundo y meditó lo que decía-: Nuestras tías. Haz lo que te digan; tienen experiencia en este tipo de cosas. Sabrán a quién invitar y cómo organizar cosas como la decoración y la comida".

Amir se levantó y se puso unos pantalones grises y una camisa rosa claro de su armario. Michelle lo observó mientras se vestía, intentando no distraerse con su cuerpo. Su piel suave y

acaramelada se extendía sobre sus músculos muy bien definidos y ella se preguntó si se estaba estirando un poco a propósito para ella.

"¿Ah, Michelle?", le preguntó él, interrumpiendo su ensoñación.

Ella le miró a la cara.

"¿Crees que tus padres podrán estar aquí dentro de una semana? Si crees que podrían venir, les enviaré una invitación".

Los ojos de Michelle se iluminaron. "¡Les llamaré y les daré la buena noticia!". Si conseguía ponerse en contacto con su familia, podría llegar a la embajada americana y la liberarían.

Amir la miró fijamente, con expresión incomprensible. "Creo que sería mejor que enviara yo la invitación".

La dejó sola en su habitación, aún en toalla, con los restos de su desayuno sobre una mesa frente a ella. Michelle se dio cuenta, por el tono de su última declaración, de que no estaba entusiasmado. Era demasiado listo para confiar en ella. Aun así, la había dejado sola. Por lo que sabía, no estaba vigilada, pero no le habría sorprendido saber que su personal había recibido instrucciones de vigilarla.

Se levantó de la mesa y se puso el caftán que él le había dejado. Éste era azul real y estaba bordado con flores de colores. A diferencia de los otros dos, éste era de lino. Era fresco y vaporoso, pero no transparente.

Bien, pensó Michelle. No tan bien como unos vaqueros y unas botas, pero este caftán parecía más resistente que los otros que había llevado. Tendría que durarle, pues sólo Dios sabía cuántas horas tendría que cabalgar por el desierto.

Se ató el pelo en una trenza y pensó un momento en qué más necesitaría. Comida. Agua. Algo para cubrirse la cabeza. Lo que realmente necesitaba era algún tipo de mapa, pero eso probablemente estaba fuera de su alcance.

Michelle contaba con que Amir no vivía demasiado lejos de la capital, Samarra. Tendría sentido que su villa estuviera a sólo una o dos horas en coche de la ciudad. Tenía negocios que atender con regularidad y probablemente también compromisos sociales.

Lo único que tenía que hacer era averiguar por dónde ir. Probablemente tendría que mantenerse alejada de la carretera, ya que Amir podría estar buscándola. No creía que fuera demasiado difícil.

Salió sigilosamente de la habitación de Amir para buscar comida y agua. No llegó lejos porque se encontró con Amsah, que la había estado esperando en el patio.

"¿Le digo a la tía Farah que te has despertado?", preguntó la chica con una sonrisa en la cara.

Oh, Dios, pensó Michelle. Seguro que todas las personas de la casa sabían lo que había ocurrido la noche anterior. Se sonrojó. "No, todavía no, Amsah. ¿Puedes echarme una mano? Quiero montar a Jocara antes de empezar el día. ¿Sería posible conseguir algo de comer y beber? No tuve hambre en el desayuno y me temo que no aguantaré hasta el almuerzo sin comer algo".

"Comprendo", sonrió Amsah. "Debes de tener hambre. Te prepararé un buen almuerzo. Así podrás reponer fuerzas antes de planear tu fiesta de boda".

Salió corriendo y Michelle fue en busca de algo para cubrirse la cabeza. El sol era intenso en pleno mediodía y necesitaba un sombrero o un pañuelo. Encontró un pañuelo largo de seda color crema entre la ropa del armario de su dormitorio. Era perfecto. Podía protegerse la cabeza y la cara del sol, el viento y la arena, y podía utilizarlo para cubrirse la cara cuando quisiera viajar sin ser vista.

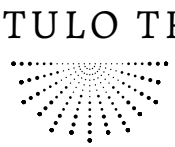
Amsah no tardó en regresar con dos alforjas llenas de comida y agua. Michelle esperaba sinceramente que la muchacha no se metiera en problemas por ayudarla. Rezó para que Amir tuviera el suficiente sentido común para darse cuenta de que la chica no tenía ni idea de lo que Michelle estaba planeando.

Michelle se arrepintió al cruzar el patio por última vez. Miró la fuente, los limoneros y las enredaderas en flor. Se habría imaginado muy a gusto en esta casa en otras circunstancias.

No se permitía pensar en Amir. Si hubiera podido confiar en que le odiaba, habría utilizado ese odio como impulso para escapar. Sabía que si pensaba en él, sólo podría recordar la diversión que le había proporcionado. O peor aún, recordaría que en realidad no era una mala persona. Quería olvidarle y se puso en camino.



# CAPÍTULO TRECE





Jocara estaba justo donde Michelle la había dejado el día anterior, masticando tranquilamente su heno. Michelle se sintió aliviada al ver que su brida estaba en un cofre justo fuera de su establo. Dentro del pesado cofre turquesa, Michelle encontró todo lo que necesitaba, incluida una silla de montar, almohadillas, una brida y un surtido de artículos de aseo.

La pequeña montura no era idéntica a las grandes monturas occidentales con las que Michelle había crecido, pero era bastante fácil de poner. Le dio al caballo un cepillado rápido, lo comprobó todo y ya estaba lista.

Su primer problema real fue subir al caballo con un vestido largo. La primera vez que había montado a Jocara, Amir se había limitado a subirla al caballo. Esta vez le habría venido bien un poco de ayuda. Condujo a la yegua hasta el lado del cofre. En el momento en que se disponía a subir a la yegua, el caballo simplemente dio un paso hacia un lado. Caballo listo. Michelle y Jocara repitieron este proceso varias veces hasta que el hombre que barría el pasillo se detuvo y mantuvo quieto al caballo para que Michelle pudiera montar.

Condujo al caballo fuera del granero y sintió que su plan sólo podía tener éxito. El sol brillaba, el cielo estaba despejado, pero no hacía un calor agobiante. Otros caballos dormitaban plácidamente en sus potreros y nadie detuvo a Michelle para preguntarle qué tramaba. Parecía que sólo le quedaba cabalgar.

Tardó casi media hora en llegar al final de la propiedad. A partir de entonces, no estaba muy segura de su próximo movimiento. Sabía que si seguía cabalgando, volvería al oasis. Pero no había visto ninguna señal de que hubiera una ciudad en esa dirección, así que la tachó de su lista. A su derecha, una llanura de arena y rocas se extendía hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos, distinguió una ligera pendiente. A su izquierda distinguió una cadena montañosa.

Michelle hizo girar a Jocara hacia la izquierda. Estaba bastante segura de haber venido por la derecha, y no recordaba haber cruzado ninguna montaña ni atravesado ningún pueblo. Además, pensó que sería mucho más fácil esconderse si se alejaba de las extensiones llanas del desierto.

Espoleó a Jocara para que galopara suavemente. Sabía que probablemente iría despacio por las montañas. Así que no quería forzarse ni forzar demasiado al caballo hasta que pudiera hacerlo

más difícil.

Pero no se trataba sólo de tomarse su tiempo. Michelle también ansiaba la sensación de libertad que acompañaba a un buen galope. Le encantaba cómo la fresca brisa besaba su piel desnuda mientras cabalgaba por las dunas abiertas. El corazón se le aceleró y el caftán le revoloteó alrededor de las piernas cuando Jocara echó la cabeza hacia atrás y estiró las piernas para galopar a toda velocidad.

Siempre había querido tener su propio caballo y ahora, aunque sólo fuera por poco tiempo, lo tenía. Michelle iba a aprovechar al máximo la situación. Cruzó las dunas a lomos de Jocara, dándole a la yegua la libertad de correr tan rápido como quisiera. Cuando por fin detuvo el caballo, las dos estaban sudando.

Michelle se secó la frente con la manga del caftán y se puso el pañuelo en la cabeza. Hacía calor y el sol brillaba con fuerza. La intensa luz que se reflejaba en la arena de las pezuñas de Jocara dificultaba que Michelle viera con claridad.

A Michelle se le ocurrió brevemente que tal vez no fuera buena idea sudar de inmediato, pero necesitaba desahogarse. Sabía que perdería la cabeza si lo mantenía en vilo. Cada vez que dejaba su mente a la deriva, acababa en el mismo sitio. De nuevo en brazos de Amir. Apoyada en su pecho. A horcajadas sobre sus caderas.

Cuando llegó al pie de las montañas, se alegró de que el terreno requiriera toda su atención. Cabalgó con Jocara a lo largo de la base de las montañas, buscando el mejor lugar para cruzarlas. Michelle nunca había cruzado una montaña, salvo en coche, y no estaba muy segura de cuál sería la mejor estrategia.

Su suposición era que era más fácil quedarse en los valles bajos y moverse entre dos picos. No tendría que preocuparse de que el terreno fuera demasiado escarpado para su caballo. Tampoco tendría que preocuparse por resbalar en las rocas sueltas.

Su mayor problema era qué valle seguir. Quería uno que la condujera a la capital, pero también quería uno que pareciera relativamente seguro y fácil de cruzar. Todos los caminos que veía estaban llenos de piedras grandes y sueltas. A Jocara le habría costado mucho encontrar suelo firme donde pisar, y estas rocas probablemente habían rodado desde mucho más arriba.

Michelle se asustó un poco. Hacía bastante calor y nada parecía prometedor. Además, Jocara respiraba con dificultad. Necesitaba al menos encontrar un lugar donde resguardarse del sol para pensar, pero aún era de día y pasarían unas horas antes de que las montañas ofrecieran su sombra.

Bajó del caballo y caminó con Jocara para darle un poco de descanso. "¿Estás bien, muchacha?", preguntó, acariciando el hocico de la yegua negra. Jocara resopló en respuesta y hurgó en la palma de la mano de Michelle, buscando una golosina. "¿Tienes hambre?", preguntó Michelle. Tiró de su alforja y sacó unos dátiles secos. "Toma, una golosina".

Michelle y Jocara masticaron en silencio. Michelle había pensado que un pequeño tentempié la ayudaría a sentirse mejor, pero el dátil azucarado sólo la hacía sentir pegajosa y asquerosa. Esperaba que no tuviera el mismo efecto en el caballo, porque no estaban cerca de agua fresca, por lo que ella sabía.

Michelle sorteó las grandes rocas que tenía a sus pies. Sería inútil quedarse sin hacer nada. Tenían que encontrar un camino o dar media vuelta.

Intentó mantener una actitud positiva. Al menos, si tenía que volver, probablemente podría vender su ausencia como un largo viaje. Así podría probar en otra dirección al día siguiente. Tener que dar media vuelta no era lo ideal, pero era mejor que verse atrapada en una huida.

Además, pensó Michelle, si tenía que volver atrás, significaría otra noche con Amir. Otra noche con su aroma embriagador, el almizcle, mezclado con pimienta. Otra noche para saborear las saladas gotas de sudor en la cálida superficie de su piel. Otra noche bajo el peso de su cuerpo. Otra noche que la llevaría a sus límites.

Michelle decidió que las montañas no le ofrecían un paso seguro. Se volvió y guió a Jocara en la dirección por la que habían venido. De repente se sobresaltó. Alguien las seguía.

Michelle reunió a su Geda y se acercó al hombre que trepaba por el terreno accidentado a unos diez metros de ella. Cuanto más se acercaba, más tranquila se sentía. Aquel tipo tenía al menos sesenta años, y parecía que habían sido sesenta años duros. Era alto, probablemente de un metro ochenta, pero tan delgado que podría describirse exactamente como un esqueleto. Tenía una barba larga y desgreñada y una amplia sonrisa en la cara.

Cuando se conocieron, Michelle tuvo más miedo por el tipo que por sí misma. Cojeaba con un bastón de madera y no parecía que pudiera arreglárselas solo al pie de una montaña desierta. Se preguntó si se habría ido de casa y luego se habría perdido.

"¿Se encuentra bien?", preguntó, aunque se dio cuenta de que no había casi ninguna posibilidad de que el hombre hablara inglés. Sacó una botella de su alforja. "Toma, bebe esto".

El hombre olió la botella y se la devolvió.

"Es seguro. Adelante. Sólo es agua". Michelle intentó que el hombre bebiera, pero no le interesó. "¿Estás perdido?" Se sintió como una tonta. Hablaba despacio y alto, aunque sabía que probablemente no importaba lo claro que fuera su inglés. Ojalá supiera hablar árabe. "¿Vives en estas montañas?", preguntó.

Finalmente, el hombre respondió. Dijo algo, se dio cuenta Michelle, que no era árabe. Debía de hablar un dialecto local. Parecía muy contento de verla. Le dedicó una gran sonrisa y señaló en su dirección.

"¿Es éste tu pueblo?", preguntó Michelle, estirando el cuello para ver hacia dónde señalaba.

El hombre le respondió algo y caminó en la dirección que le indicaba. Se detuvo, se volvió y la miró expectante.

Parecía que quería que le siguiera. Michelle no sabía si quería su ayuda o si pensaba que la estaba ayudando.

En cualquier caso, se apuntó. El hombre parecía agradable y si la llevaba a su aldea, probablemente alguien podría ayudarla a entrar en la ciudad. Lo alcanzó y llevó a Jocara por las riendas.

El hombre se detuvo para admirar el caballo. Le habló y le acarició el cuello. Luego le revisó los

dientes. A Michelle le pareció gracioso, pero supuso que el tipo no solía ver de cerca animales tan elegantes como Jocara. También le palpó las piernas y le hizo levantar los pies. Parecía que estaba inspeccionando un coche usado.

Cuando estuvo satisfecho, se puso en marcha y condujo a Michelle por la ladera de una montaña. El caballo debió de animarle, porque de repente ya no cojeaba como un abuelo. Rebotaba entre las rocas como una especie de cabra montesa, y Michelle luchaba con él.

Probablemente sólo llevaban media hora caminando antes de que el hombre desapareciera. Michelle se había quedado rezagada, y por un segundo le pareció que había desaparecido en el interior de la montaña. Sin embargo, cuando lo alcanzó, pudo ver que el hombre seguía un sendero delgado que llevaba hacia arriba.

Ella había pasado sola por ese sendero, dos veces de hecho, y no había reparado en él. Michelle se enjugó la frente y se dio cuenta de que probablemente era bueno haber encontrado al hombre para que la guiara. Realmente no era capaz ni estaba dispuesta a atravesar el desierto sola.

Si fuera completamente sincera, tendría que admitir que apenas se sentía capaz de seguir a un guía por el desierto. El mismo hombre que hace un rato parecía débil y viejo caminaba de repente delante de ella. Subía por el sendero rocoso de la montaña como si fuera una acera normal.

Mientras tanto, Michelle jadeaba y luchaba por mantener el equilibrio al subir una pendiente cada vez más pronunciada, guiando al caballo. Jocara parecía estar bien, pero el suelo estaba tan suelto que Michelle temía que el caballo perdiera pie y resbalara si tenía que cargar con peso extra.

Peor aún, el hombre parecía estar empezando a enfadarse con ella. De vez en cuando se volvía y le hablaba bruscamente mientras esperaba a que la alcanzara. Definitivamente, Michelle ya no lamentaba no poder entenderle. Hizo todo lo que pudo, pero sus esfuerzos no parecían muy impresionantes para un hombre que se había pasado la vida subiendo senderos escarpados en sandalias.

Cuando llegaron a su destino, Michelle estaba a punto de tener que suplicar un descanso. Doblaron una esquina y llegaron a un claro llano salpicado de tiendas. Un grupo de hombres sentados alrededor de los restos de una hoguera se quedaron boquiabiertos cuando las vieron.

Su líder les gritó algo y uno de ellos fue a buscar a Jocara.

"Oh, no, no pasa nada", protestó Michelle. "Yo me limitaré a cogerla".

Sin embargo, el tipo la empujó directamente a los brazos de otro hombre y le quitó las riendas de las manos. Michelle gritó, pero el hombre que la sujetaba le tapó la boca con la mano. Vio cómo el otro tipo se llevaba a su caballo antes de arrastrarla hasta una tienda.



# CAPÍTULO CATORCE



Michelle había vuelto a cambiar de secuestrador y temía que sus nuevos secuestradores estuvieran mucho menos interesados en su seguridad y comodidad que Amir. No perdieron tiempo antes de atarla como a un cerdo y tirarla al suelo en una de sus sencillas tiendas.

Los granos de arena le llenaron los ojos, la nariz y la boca. Podía oír a los hombres riendo y discutiendo fuera de su tienda, pero afortunadamente no parecían demasiado interesados en ella. Debieron de darse cuenta enseguida de que ella valdría dinero para alguien. No había muchas mujeres rubias en Samarra y menos aún solas en el desierto con caballos elegantes.

Michelle intentó ponerse de lado para poder sentarse. Tenía las manos fuertemente atadas a la espalda y el hombro le palpitaba donde había tocado el suelo cuando sus captores la arrojaron. Intentó girarlo en la cuenca para ver si estaba torcido o sólo magullado, pero tenía las manos tan fuertemente atadas que no podía moverlas mucho.

Esto era malo. Michelle estaba bastante segura de que aquella gente quería canjearla por un rescate, pero no había forma de saber a quién se la ofrecerían. Lo más probable era que se la vendieran a Amir. No quería ni pensar en lo que podría pasar si Amir no estaba interesado en comprarla. Esperaba que no se diera cuenta inmediatamente de que había intentado huir.

Por otra parte, tal vez Amir no fuera la única persona de Samarra interesada en comprar a una estadounidense. A Michelle le habría gustado pensar que era posible que la embajada estadounidense pagara su fianza. Pero conocía los principios básicos de la política estadounidense. No se negociaba con terroristas ni se pagaba rescate por ellos. Decidió que era poco probable que sus captores quisieran llegar a un acuerdo con Estados Unidos.

Michelle intentó recopilar en su cabeza una lista de personas que podrían estar interesadas en pagar por ella.

Se le ocurrió que lo peor que podía ocurrirle era que la vendieran a algún grupo rebelde que quisiera utilizarla como palanca contra Estados Unidos.

Pero si caía en las manos equivocadas, simplemente podría ser ejecutada por unos idiotas fanáticos que quisieran hacer una declaración. Este escenario era improbable, pero era posible y la asustaba mucho.

Supuso que también era posible que la vendieran a otro rico samaritano. Amir estaba relativamente occidentalizado en comparación con muchos de sus compatriotas, y seguía considerando que el matrimonio forzado con una mujer era una práctica aceptable. Presumiblemente, a muchos de sus compatriotas más conservadores no les importaría comprarla como una especie de esclava.

Por primera vez en su vida, Michelle dio gracias a Dios por no ser excepcionalmente bella. Al menos, esperaba, probablemente no sería una mercancía muy codiciada en el mercado de esclavas sexuales de Samarra.

Michelle no tardó en arrepentirse seriamente de haber abandonado la casa de Amir. En aquel momento le pareció una buena idea huir hasta que encontrara ayuda. Ahora que sentía las consecuencias de sus decisiones, se daba cuenta de lo estúpida que había sido.

¿Qué le había hecho pensar que encontraría la capital sin seguir los caminos? No era una mujer ávida de actividades al aire libre y, desde luego, no tenía experiencia en atravesar un desierto o una cordillera. Ni siquiera sabía dónde estaba la ciudad, ni si podría encontrar a alguien que la ayudara.

Michelle no era una debilucha, pero le costaba mantener la compostura. Le dolían los brazos y la espalda, tenía miedo y, lo peor de todo, echaba mucho de menos a Amir. Sólo pensar en sus brazos fuertes y su voz profunda la hacía llorar.

Se acurrucó como un feto y se echó a llorar. Las lágrimas fluyeron desde sus ojos enrojecidos por sus mejillas hasta la arena que tenía debajo y desaparecieron inmediatamente en seco. Lloró y lloró hasta que no le quedaron lágrimas, y se sintió un poco aliviada.

No era que tuviera que mantenerse fuerte. Nadie había cuidado de ella desde que la arrojaron a la tienda. Podía oler algo cocinándose en el fuego. Sospechaba que los hombres habían comido, pero nadie le había ofrecido nada. Le rugió el estómago mientras sollozaba en voz baja y se llevaba las rodillas a la frente húmeda de sudor.

Hacía menos de veinticuatro horas había estado en brazos del hombre más hermoso y exitoso que había conocido en toda su vida. Le había hecho sentir cosas que nunca antes había sentido, y luego había tenido la estúpida idea de salir corriendo.

Se sentía tan estúpida e infantil. Ni siquiera estaba segura de por qué quería huir. La perspectiva de permanecer a su lado como esposa de Amir nunca se le había pasado por la cabeza. Ahora que estaba separada de él, lo único que deseaba era mirar sus profundos ojos verdes y sentirlo dentro de ella.

Cuando se abrió la puerta de la tienda y entró uno de los hombres que habían estado sentados junto al fuego, Michelle casi se alegró de la distracción. Aquel tipo era algo más joven que su "guía" y no cabía la menor duda de sus intenciones. Parecía tan asqueado que Michelle casi se preguntó si ella había hecho algo para ofenderle.

Cualquier placer de cambio respecto a su aburrimiento anterior desapareció de inmediato cuando el hombre se abalanzó sobre ella y le dio una patada en las costillas antes de decir una palabra.

Jadeó, en parte porque se le había cortado la respiración y en parte porque estaba conmocionada. Intentó apartarse de las botas del hombre, pero éste volvió a patearla inmediatamente.

Se había convencido a sí misma de que no corría peligro físico porque era estadounidense. Pero estaba claro que se había equivocado. Gritó ante la patada del hombre mientras su cuerpo temblaba y sudaba. Nunca en su vida se había metido en una pelea, pero lo más importante es que nunca le habían dado una paliza.

Michelle estaba tan conmocionada por lo que acababa de ocurrir que tardó un momento en darse cuenta de que el hombre la estaba interrogando. Hablaba en árabe, pero por el tono de su voz se dio cuenta de que esperaba algún tipo de respuesta.

Empezó a asustarse. No tenía ni idea de lo que decía. Si hubiera podido averiguar cuál era su pregunta, habría respondido a todo lo que creía que él quería oír. Por desgracia, apenas hablaba una palabra de árabe y él podría haber intentado comunicarse con ella a través de una danza interpretativa.

El hombre volvió a tirar del pie hacia atrás y Michelle gritó y le suplicó que se detuviera. Debió de darse cuenta de que ella no le entendía, porque bajó el pie. Luego se rió y la escupió, abofeteándole la mejilla, antes de dejarla sola para que soportara su dolor.

Michelle descubrió que se había equivocado. No se había secado llorando. Un nuevo torrente de lágrimas corrió por sus mejillas mientras los sollozos se apoderaban de su cuerpo. No podía respirar, jadeaba y gemía en la arena, intentando averiguar si se había roto las costillas.

Cuando por fin pudo pensar con claridad, aceptó el hecho de que su situación era mucho más grave de lo que había pensado. Tenía que escapar. Era muy posible que aquellos hombres la mataran o le hicieran algo peor.

Probó las cuerdas con las que la habían atado. Le rodeaban las muñecas y los tobillos con fuerza. Además, las muñecas estaban atadas a los tobillos con otra cuerda de un metro de largo. Las ataduras de las muñecas estaban tan apretadas que se rasgó la piel con la cuerda, pero no tanto las de los tobillos.

De hecho, descubrió que podía aflojar la cuerda de los tobillos moviendo los pies. Siguió intentándolo, ignorando el dolor que sentía en la cadera y el hombro. Sin duda necesitaría tener las manos libres si quería intentar escapar, pero tener los pies libres era un comienzo.

Michelle esperaba que nadie volviera a la tienda hasta que ella se hubiera liberado. Sabía con certeza que si aquellos hombres la sorprendían intentando escapar, la golpearían una vez más. También se asegurarían de que estuviera mejor sujeta cuando volvieran a atarla. Tal vez incluso le pondrían un guardia.

La determinación que Michelle ponía ahora en su intento de liberarse era lo único que le impedía perder la cabeza. Movió las piernas durante horas, primero pataleando, luego descansando un momento y después pataleando de nuevo.

Finalmente, tras una larga lucha, consiguió liberar un solo pie. Aún no era suficiente para salvarla, pero era un comienzo. Incluso este pequeño éxito la motivó para intensificar sus esfuerzos. Sin embargo, mantuvo el pie en la cuerda, por si alguien volvía a la tienda y no veía inmediatamente que se estaba liberando poco a poco.

Su esperanza era que, cuando tuviera un pie libre, dispondría de más cuerda floja. Entonces podría tener las manos libres, que era su principal objetivo. Su plan consistía en liberar las manos y salir de la tienda en mitad de la noche. Tenía que explorar el Gegeng para ver si podía escapar en Jocara o si tenía que escabullirse por las rocas e intentar pasar desapercibida. Por ahora, sin embargo, se concentraba más en sus ataduras que en el siguiente paso.

Su plan de escabullirse por la parte trasera de la tienda podría haber funcionado si los hombres la hubieran dejado sola allí.

Pero, desgraciadamente, tres hombres que hablaban entre sí alocadamente entraron en la tienda incluso antes de que ella consiguiera soltarse. Eran incluso más jóvenes que el matón que la había golpeado al principio de la tarde, más bien adolescentes. Puede que uno de ellos ni siquiera lo fuera.

El más joven se arrodilló junto a ella y murmuró algo. Le tendió la mano y Michelle se estremeció. Frunció el ceño y le limpió la mejilla con la manga, apartando la saliva seca del otro y la arena que se adhería a las lágrimas resecas de Michelle.

Michelle miró atentamente el rostro del niño. Leyó simpatía y preocupación en sus ojos marrones, y deseó que toda su pandilla estuviera formada por chicos, como él. Era alto y delgado y tenía un bigote que empezaba a crecer. Le deprimía pensar en la vida que probablemente le esperaba a aquel chico, llena de vida dura y pequeños robos, luchando por salir adelante.

No tan deprimente como la vida a la que se enfrentaba si no escapaba. Los hombres se tumbaron a ambos lados de ella, el chico justo a su lado. Continuaron su conversación en voz baja y Michelle se esforzó por distinguir una sola palabra.

Aquella noche no podría escapar. Tendría que intentarlo al día siguiente, a la luz del día, cuando los hombres volvieran a dejarla sola en la tienda. Eso significaba que Michelle probablemente no podría montar a caballo, lo que la decepcionó sorprendentemente. Oh, bueno, pensó Michelle, tendría que considerar a Jocara el precio que tenía que pagar por su oportunidad de libertad. Durmió junto a su reciente captora e intentó noan das Leben zu denken, das sie mit Amir zurückgelassen hatte.

# CAPÍTULO QUINCE



A Michelle la despertaron unos fuertes gritos en el campamento. El chico que dormía a su lado ya estaba despierto. Estaba completamente alterado y asustado y había puesto la mano en el hombro de Michelle.

Ella le miró, tan asustada como él, y él se llevó un dedo a los labios. Estaban solos en la tienda; los otros hombres debían de haber oído lo ocurrido antes de que Michelle se despertara. Michelle tembló, mitad de terror, mitad de frío. El desierto era mucho más fresco de noche que de día y su delgado caftán de lino ofrecía poca protección.

Su guardia interpretó su temblor como miedo e intentó tranquilizarla. Se oían gritos de hombres fuera y cascos de caballos. Michelle se preguntó si les estaría tendiendo una emboscada un grupo rival de bandidos.

El chico le desató los pies y las muñecas. Michelle consideró brevemente la posibilidad de salir corriendo. Pero la perspectiva de correr hacia un tumulto desconocido la asustaba. Ella y su joven guardia estaban sentados uno al lado del otro, con los ojos mirando hacia la salida de la tienda. Intentaban averiguar qué estaba pasando.

El chico le dijo algo a Michelle e hizo un gesto hacia la puerta, pero, por supuesto, ella no pudo entenderle. La rodeó con el brazo y murmuró algo. Probablemente intentaba convencerse a sí mismo y a ella de que todo iba a salir bien.

Alguien entró corriendo en la tienda, Michelle se llevó un susto de muerte. Era el hombre que la había golpeado. Apartó al chico y la agarró, tirándole de los brazos a la espalda y gritándole.

La empujó hacia la oscuridad de la noche. Ya no había hoguera y apenas podía ver lo que ocurría. Podía distinguir las formas de algunos bandidos, vestidos con camisas blancas sucias y turbantes. También pudo ver que cuatro hombres con velo habían llegado a caballo. Estos hombres eran mucho más altos que los bandidos y, aunque también vestían ropas sencillas, eran limpias y brillantes.

Su captor la sujetó frente a él y le puso un cuchillo en la garganta. Durante un segundo nadie se movió y Michelle no pudo oír nada más que el sonido de su propia sangre bombeando entre sus oídos. El tiempo parecía haberse detenido y todo el mundo de Michelle se reducía al diminuto punto donde la punta del cuchillo hacía contacto con su garganta. Ni siquiera presionó lo

suficiente como para ensangrentarle el cuello, pero sintió la punta como fuego en la piel.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, uno de los hombres había saltado de su caballo y corría hacia ella. Su captor la arrojó a un lado mientras el hombre se abalanzaba sobre él con todas sus fuerzas. Los dos hombres intercambiaron algunos golpes y Michelle consiguió ponerse en pie, dispuesta a huir.

Entonces ocurrió. El hombre del cuchillo rasgó la tela que cubría la cara del hombre más alto.

"¡Amir!", gritó Michelle. Quería unirse a la reyerta para ayudarle. Pero algo le decía que sólo empeoraría las cosas. Miró a su alrededor en busca de un arma.

De todos modos, Amir no necesitaba su ayuda. Había conseguido poner sus manos alrededor de la garganta del otro. Las preocupaciones de Michelle cambiaron rápidamente. Ya no temía que el hombre hiriera a Amir. Ahora temía tener que ver cómo su marido cometía un asesinato.

Les interrumpió el estruendo de una pistola. Michelle se giró y vio al chico que había sido amable con ella. Ahora sostenía una vieja pistola en sus temblorosas manos.

"¡No!", exclamó ella, intentando que se detuviera. "¡No lo hagas! Vámonos!"

El chico miró de ella a los hombres que estaban en el suelo, pero no soltó la pistola. Le temblaban tanto las manos que Michelle temía que disparara accidentalmente.

No tuvo más remedio. Saltó hacia él y quiso derribarlo para que no apuntara con el arma a Amir. Llegó hasta él, pero antes oyó otro disparo.

Rodaron por la arena y Michelle supo inmediatamente que no le habían dado. El chico también estaba bien, aunque bastante agitado. Michelle se dio la vuelta y se le encogió el corazón. Amir se estaba sujetando el costado, la sangre le corría por las manos y manchaba de rojo su camisa blanca.

Intentó correr hacia él, pero uno de los otros hombres a caballo la agarró. "Bájame", gritó ella, golpeándole en el pecho. Intentó liberarse, pero el hombre la sujetó mientras cabalgaba hacia el sendero de la montaña.

"¡Basta!", le gritó el hombre. "Nasir le tiene. Dios mío, no vamos a dejarle ahí. Deja de pegarme!"

Michelle no sabía quién era Nasir ni quién era el hombre que la sujetaba. Sin embargo, sus afirmaciones no la tranquilizaron y no tuvo más remedio que creer en su palabra. Era tan fuerte como Amir y no la dejaría marchar.

"¿Se pondrá bien?", preguntó Michelle mientras galopaban colina abajo, alejándose del campamento de bandidos.

"Eso espero", respondió el hombre. "¿No deberías poder decírmelo? Eres médico, ¿verdad?"

"Sí, lo soy", respondió Michelle. "Por eso tengo que examinarle".

El hombre giró sobre su caballo para mirar detrás de ella. "Está sentado, así que supongo que no puede estar tan malherido".

Michelle sabía que eso no era necesariamente cierto. A veces, las heridas graves no siempre eran evidentes. Aun así, que estuviera sentado era una buena señal y le habían golpeado en el costado, no directamente en el pecho o, Dios no lo quiera, en la cabeza.

"¿Eres amigo de Amir?", preguntó Michelle, "¿o policía?".

El hombre respondió riendo. "No. No soy policía. Soy tu hermano".

"¿Mi hermano?" Michelle estaba confusa. No tenía ningún hermano. ¿Quizá este tipo se refería a "hermano" en el sentido en que los hombres samarrianos se llamaban entre sí "hermano"?

"Eres el nuevo aventurero de Amir, ¿verdad? Soy Hamal, tu nuevo hermano. ¿Supongo que en América dirías cuñado? Los otros chicos son Kaliq y Nasir, nuestros otros hermanos".

"Sí, soy la nueva esposa de Amir. Aunque no soy una aventurera".

"¿En serio?" Por la forma en que Hamal arrugó los ojos, Michelle se dio cuenta de que estaba sonriendo. "¿Así que estabas sentada en casa viendo la tele de día cuando te secuestraron?".

"Estaba entrenando a mi hermoso caballo".

Hamal se rió. "Ya. Jocara debe de necesitar mucho ejercicio porque tuviste que hacer el viaje hasta aquí, a las montañas".

Michelle gimió. Entonces Amir supo que había estado intentando escapar. "Hablando de Jocara", se recordó a sí misma.

"Kaliq la tiene. La salvamos antes que a ti".

Estaba claro que el hermano de Amir tenía mejor sentido del humor que él. "¿Está enfadado?". Michelle no quiso especificar de quién estaba hablando.

"¡Oh, sí!" rió Hamal. "Pero no tan enfadado como Nasir. Tienes suerte de no estar casada con él. No te volverían a dejar salir de casa".

Michelle sabía que probablemente se sentiría diferente a la luz de la mañana, pero por ahora no quería volver a salir de casa. Quería meterse en la cama de Amir, su cama, y no dejarle salir nunca. Dios sabía que probablemente él no soportaría lo que ella estaba a punto de hacerle. Pero eso no le impedía soñar con ello.

El grupo se dirigió al pie de la montaña. No parecía que les hubieran seguido. Pero nadie quería esperar a averiguarlo.

"Gracias, Nasir", dijo Amir al bajarse del caballo de su hermano. "Creo que puedo cabalgar desde aquí".

"Oh, Amir", interrumpió Michelle, "no creo que eso sea un...".

"No creo que a nadie le importe lo que pienses", replicó Nasir, que había estado cabalgando con Amir.

"Nasir, no creo que eso fuera necesario", dijo el otro hermano que había estado guiando a los caballos. "Michelle es médico. Quizá tenga razón en que Amir debería tomárselo con calma".

"Estoy bien", respondió Amir, sin mirar a Michelle. Montó en su gran semental marrón con un gruñido.

"Bueno, yo también sé montar", replicó Michelle, intentando liberarse del agarre de Hamal.

"No lo creo", replicó Hamal, aferrándose a ella. "¿Quieres que te la lleve, Amir?".

Amir montó en su caballo junto al de Hamal y Michelle se acercó a Amir. Michelle podía sentir que Amir no era tan fuerte como antes. Tenía que ocultar el dolor que sentía. A decir verdad, ella también sufría, porque el tipo de la tienda le había dado una paliza.

Se dejó caer en los brazos de Amir, sobre todo porque quería estar cerca de él. Su nariz se llenó de su olor, junto con el leve toque metálico de la sangre. Se acurrucó entre sus brazos, con cuidado de no apoyarse demasiado en él.

"¿Estás herida? le gruñó al oído. Michelle sintió que se derrumbaba cuando su aliento caliente le pasó por la oreja y le bajó por el cuello.

"No", susurró ella.

"¿Entonces no te duele aquí?" trazó los dedos de Amir sobre las costillas de Michelle, justo donde el hombre la había pateado. Ella reaccionó violentamente a su contacto, pero no porque le doliera. Sus dedos bajaron por su cadera hasta la hendidura entre sus muslos. "¿Y aquí? ¿Te duele aquí?", le preguntó susurrándole al oído.

"No", susurró ella.

"Te dolerá".

Galoparon por el desierto, Michelle abrazada a Amir mientras sus hermanos y sus caballos corrían a su lado. La arena fresca se extendía kilómetros delante de ellos y los caballos podían correr a toda velocidad. Michelle vio pasar las dunas ondulantes mientras Amir la acercaba cada vez más al éxtasis que la esperaba en su cama.

A Michelle siempre le había gustado el desierto por la noche. Ella y su padre habían pasado muchas tardes de verano en su porche, y Michelle podía distinguir algunas de sus estrellas favoritas en el cielo nocturno de Samarra. Reconoció el cinturón de Orión y se preguntó qué estaría haciendo su familia y qué pensarían cuando supieran que se había fugado.

Apoyó la cabeza en el pecho de Amir e inspiró. Su olor ya la hacía sentir como en casa, y podía sentir su corazón latiendo bajo su mejilla.

"¿Por qué huiste? -le preguntó él, interrumpiendo su ensoñación.

"No tengo ni idea", respondió ella con sinceridad. "Gracias por salvarme. Siento que te dispararan". Sonaba ridículo cuando lo decía en voz alta, pero realmente sentía que él hubiera recibido un balazo por ella. "¿Quiénes eran esos tipos?"

Parecía que Amir y sus hermanos podían conocerlos. Al menos los hombres de Al Abbas sabían dónde buscarla.

"Oh, sólo unos matones locales. Suelen dedicarse a asaltar carreteras y pueblos. Debieron de sentirse como ganadores de la lotería cuando te encontraron. Probablemente todos pensaron que

pronto podrían retirarse".

"¿Cómo sabían dónde estaba?"

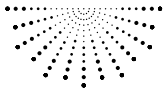
"Enviaron a alguien para pedir un rescate. Tuviste suerte. Esos hombres eran relativamente inofensivos".

Michelle resopló en respuesta. ¿Inofensivos? ¿El tipo que la había golpeado era inofensivo?

"No tiene gracia", continuó Amir. "No estás en tu pueblecito de Texas. El desierto puede ser un lugar peligroso, y no puedes comportarte como una niña petulante y esperar que te encuentre a tiempo cada vez que se te mete una pelusa en la cabeza. ¿Y si te hubieran secuestrado hombres realmente peligrosos? ¿Y si no te hubiera encontrado? ¿Y si esa bala me hubiera matado? Cariño, ahora eres mía. No quiero que vuelvas a arriesgar tu vida".



# CAPÍTULO DIECISÉIS





"Déjame llevarlo", se ofreció Kaliq, agarrando las riendas de Amir en cuanto llegaron de nuevo a su establo. "Veo que estás herido. Michelle puede revisarte y decirme si debo pedir ayuda".

"Gracias", respondió Amir, dejando que Michelle se deslizara hasta el suelo y siguiéndola. "Preferiría no involucrar a las autoridades. Y me encuentro bien".

"No te encuentras bien -dijo Hamal-. ¿Necesitas ayuda para llegar a tu habitación?".

"No, Hamal, eso es ridículo", respondió Amir. Sin embargo, cuando intentó caminar por su cuenta, hizo un gesto de dolor. Su hermano pequeño le pasó el brazo por el hombro y le ayudó a entrar en casa. Michelle se puso al otro lado de Amir, aunque en realidad no podía soportar gran parte de su peso.

Lo tumbaron en la cama y Hamal llamó a unas criadas. Les dio algunas órdenes en árabe y le dijo a Michelle que le llamara si Amir necesitaba más ayuda de la que ella podía proporcionarle.

"¿Te duele mucho?", preguntó Michelle, abriendo con cuidado la camisa de Amir. Tenía el pecho cubierto por una ligera capa de sudor y sonrió cuando ella le quitó la camisa de la herida.

"No", mintió, claramente molesto.

"¿Tienes algo aquí para el dolor?".

"Arak".

"Oh, no tengo ni idea de eso, Amir". El Arak era una bebida alcohólica anisada que a veces provocaba alucinaciones.

Amir gritó algo en árabe y una de las criadas se alejó corriendo, volviendo con una bandeja de plata cargada con una elaborada botella de cuello largo de líquido lechoso y dos vasos pequeños. Amir despidió a las criadas y dejó a Michelle a solas con él.

No vamos a bebernos toda la botella -gimió Amir, al notar la desaprobación de Michelle. Se sirvió los dos vasos llenos.

"Probablemente no debería beber nada", Michelle le apartó la mano.

Bébetelo -le ordenó-. Te calmará los nervios. No quiero que tiembles mientras me coses".

A Michelle casi se le salen los ojos de las órbitas.

"Era una broma, Dios mío. Bébetelo", le tendió la bebida en la mano.

Michelle no era muy bebedora y ya sabía que el licor ardería como el infierno, así que se lo bebió de un trago.

"¿Necesitas otra?", bromeó Amir, sorbiendo brevemente de su vaso.

"No", respondió Michelle, sintiendo ya que se le calentaba la barriga y se le templaban las manos. "Pero tengo que curarte la herida de bala". Dejó el vaso a un lado y examinó la herida de Amir. "Sólo es un rasguño", afirmó aliviada. "En realidad no te ha alcanzado una bala. Es sólo un rasguño. Uno feo, pero no grave".

"¿Qué? Amir puso los ojos en blanco. "¿No es suficiente? ¿Necesitas que un hombre se pegue un tiro por ti? Ojalá alguien me hubiera informado de esos requisitos antes de sacarte de la cárcel".

Michelle sonrió mientras limpiaba la herida de Amir. "Bueno", se le subió el licor a la cabeza, "siempre hay una próxima vez".

Michelle acababa de terminar de vestirlo cuando Amir la agarró y tiró de ella sobre su pecho. "¡Para!", le gritó, "¡Te vas a hacer daño! Tienes que descansar".

"Tengo que darle una lección a mi mujer", respondió Amir gruñendo. Le subió el vestido hasta la cintura y expuso su trasero al aire fresco de la noche. Se arrodilló y le dio la vuelta para que se tumbara sobre los antebrazos, con las nalgas justo delante de él.

"Amir, basta. Tienes que ponerte mejor". Michelle se resistió un poco, pero no quería forzarlo, así que no se defendió con demasiada fuerza.

"Oh, definitivamente necesito recuperarme algo", respondió él, frotando su gran mano sobre el culo desnudo de ella. "Has sido revoltosa, desobediente e irresponsable. Pusiste a Jocara en peligro, pusiste a mis hermanos en peligro, me pusiste a mí en peligro y, lo peor de todo, te pusiste a ti misma en peligro". Amir retiró la mano del trasero de Michelle y le dio una firme bofetada.

"¡Ay!", gritó ella.

"Ya es hora de que aprendas a comportarte como una dama", continuó Amir antes de darle otro golpe.

"¡Amir, esto no tiene gracia!". El trasero de Michelle ardía y sus ojos lloraban. La había azotado y se le estaba pasando. Pero en vez de dejarla en paz, la abofeteó de nuevo. Luego frotó a Powange, a quien acababa de azotar.

A Michelle no quería gustarle. Quería sentirse ofendida, indignada incluso por el comportamiento de Amir. Nunca se había considerado una chica pervertida, y desde luego no estaba de acuerdo con ello. Sin embargo, algo en el roce de Amir con su dolorido trasero evitó que se enfadara de verdad.

Amir volvió a abofetearla. Michelle apretó el edredón con los puños y gimió un poco. Esta vez,

sin embargo, no le frotó el powangen después de azotarla, sino que deslizó el pulgar en su húmeda raja. Michelle se inclinó hacia él, hambrienta de más, y se le escapó un gemido.

"Creo que te darás cuenta -Amir le cogió la mano y le dio dos azotes más- de que me preocupo por tus intereses.

No era el corazón de Michelle el que latía con fuerza. Bueno, sí, pero no era ésa la parte de su cuerpo que pedía a gritos la "exploración" de Amir. Volvió a deslizar el pulgar por sus labios, ahora empapados, y apenas los penetró antes de llegar a su apretado capullo.

Michelle se tensó y aspiró. Nunca la habían tocado así.

"Estás toda mojada, cariño", Amir volvió a deslizar el pulgar hasta su coño y jugó con su duro clítoris, "¿Te gusta provocarme?". Le dio otra caricia y luego le masajeó el trasero escocido.

"Amir...." Michelle gimió. No podía aguantar más. Lo necesitaba. Lo deseaba, ahora. Se estiró hacia su regazo, disfrutando de la sensación de su polla apretada contra su bajo vientre. Tenía que desearla tanto como ella a él.

"¿Qué te pasa, amor? se burló Amir, pasándole los dedos por las mejillas enrojecidas antes de darle otro azote.

"No me hagas esto...."

"¿Que no me haga qué?", respondió él despreocupadamente antes de deslizar el dedo corazón sobre su clítoris.

"Por favor...."

"¿Por favor, qué? Dime lo que quieres. Dime exactamente lo que quieres y te lo daré. Cualquier cosa. ¿Quieres irte? Te conseguiré un coche. ¿Quieres todo lo que tengo? Es tuyo". Deslizó dos dedos dentro de ella y los separó suavemente para poder explorar su cuerpo. "¿O quieres algo más?" Amir se inclinó hasta que su boca quedó justo detrás de la oreja de Michelle. "Dilo".

"Quiero que me tomes", gimoteó Michelle. "Quiero tu polla dentro de mí. No me hagas rogarte".

"Sólo tenías que pedírmelo", replicó Amir. "Te daría cualquier cosa". Levantó a Michelle de su regazo y la sentó de rodillas en la cama, a su lado. Michelle empezó a reclinarse, pero Amir la agarró de la muñeca y la hizo girar para que se pusiera de rodillas frente al cabecero.

Amir ni siquiera se había quitado la ropa. Se sacó la polla dura e hinchada de los pantalones y se arrodilló detrás de Michelle. Ella cerró los ojos y disfrutó de la sensación de él frotando la punta resbaladiza de su pene arriba y abajo. Instintivamente, su cuerpo se apretó a su contacto y sintió cómo él entraba en el triángulo mágico entre sus piernas.

No la hizo esperar. Amir introdujo su pene en la excitada vagina de Michelle, penetrando profundamente en su interior y llenándola por completo con su pene. Luego se retiró ligeramente antes de hundirse aún más en su cuerpo hasta que ella sintió sus rizos contra su piel. Michelle sintió que se llenaba un vacío que ni siquiera sabía que existía. No sabía si era el arak o la satisfacción que le producía Amir, pero todo su cuerpo se sentía excitado.

"Dios mío, cariño, eres tan jodidamente sexy", jadeó Amir, acelerando un poco el ritmo, pero sin

dejar de follarla suavemente.

Michelle nunca había oído eso antes. La llamaban guapa y le decían que tenía rasgos bonitos, pero nunca había oído nada que dijera que era "tan jodidamente sexy". Ella le creyó; por su voz se daba cuenta de que Amir hablaba en serio.

Le agarró los huesos de la cadera y empujó un poco más fuerte, luego más fuerte, hasta que la cabalgó con fuerza y le hizo temblar los muslos. Michelle intentó contener su excitación, alargar el placer todo lo posible, pero sabía que no podía hacer nada contra las poderosas sensaciones que se acumulaban en su interior.

Amir era implacable. No daba tregua a sus atenciones. Su polla la penetró una y otra vez hasta que ella gritó su nombre y se agarró a la sábana. Amir mantuvo a Michelle quieta hasta que su cuerpo dejó de temblar y se hundió más satisfecha en la cama.

Retiró su pene, aún duro, y Michelle cayó de espaldas durante un segundo, admirándolo. "¡Oh!", exclamó conmocionada, "¡estás sangrando!".

Amir se miró el costado. Un poco de sangre se había filtrado a través de sus vendas. Estaba empapado en sudor y tenía el pelo hecho un desastre. "Estoy bien", respondió. "Bueno -continuó, mirando su erección-, casi bien".

Michelle sonrió. "¿Necesitas un médico?", bromeó ella, cogiéndole la polla con las manos, aún chorreante de sus jugos. Se incorporó y se echó el caftán por encima de la cabeza para dejar al descubierto sus pechos. Hacía fresco en la habitación, pero ella sentía demasiado calor.

Amir palpó uno de sus pezones mientras ella se inclinaba hacia él. "Relájate", ronroneó, "yo cuidaré de ti". Michelle besó delicadamente la punta de la polla de Amir antes de deslizar el resbaladizo glande entre sus labios y su boca. Podía sentir el sabor de la sal y de su propia humedad en él, y él se estremeció en su boca mientras ella lo deslizaba arriba y abajo.

"Michelle -gimió Amir, hundiendo la mano en su pelo rubio-, ¿qué me estás haciendo?

Ella lo introdujo cada vez más profundamente en su garganta, disfrutando de la sensación de control que por fin tenía sobre él. Puede que Amir fuera quien mandara durante el día, pero cuando Michelle tenía su virilidad en la boca, tenía la clara impresión de que ella era la jefa.

"Para", gimió él, sujetándola por los hombros. "Tienes que parar".

"¿Qué ocurre? Michelle temía que le doliera la herida, que tal vez no la hubiera desinfectado lo bastante bien, "¿te duele?".

"No", se rió él y la empujó suavemente hacia atrás. "No me duele". Le subió las rodillas hasta los hombros y le puso los pies sobre el pecho. Amir volvió a arrodillarse y le cogió el pene con la mano. "Quería darte esto -murmuró, introduciéndoselo hasta el fondo.

Michelle dejó de respirar. Aún no se había recuperado del todo de su último orgasmo, pero era imposible que quisiera perderse esto. Habría hecho cualquier cosa que él quisiera en ese momento, deseaba tanto complacerlo. "Sí, Amir", gimió.

"Michelle -jadeó Amir-, te quiero. No vuelvas a dejarme. Quédate aquí y sé mi esposa".

Michelle jadeó. "Sí. Sí, Amir, quiero ser tu esposa. Te quiero y no quiero estar en ningún otro sitio".

Amir bajó los labios hasta los de Michelle y le metió la lengua en la boca, buscando la suya. La besó profundamente mientras empujaba con más fuerza y rapidez. La cabeza de Michelle dio vueltas de excitación y emoción. Era verdad. Le quería. Quería ser su esposa y tener hijos suyos. Preferiblemente cuanto antes.

"Michelle", gimió él, empujando con fuerza dentro de ella. Michelle sintió cómo se ponía rígido y se estremecía dentro de ella, y supo que le estaba dando tanto placer como él le había dado a ella. Se acercó a él y le rodeó la espalda con los brazos mientras él se tensaba y se corría.

Cuando por fin terminó, Amir se apartó de Michelle y le acarició la mejilla, mirándola a los ojos con sus brillantes ojos verdes. "¿Lo que acabas de decir iba en serio?", preguntó. Michelle asintió con la cabeza. Aún no se atrevía a hablar. Aún quería disfrutar del momento, de lo que acababa de ocurrir.

Amir rodeó a su mujer con los brazos y tiró de ella hacia sí, apretando su cuerpo contra el de él, y ambos cayeron en un sueño profundo que tanto necesitaban.



# CAPÍTULO DIECISIETE





"¿Quizá ésta?" Amsah soltó una risita mientras le entregaba a Michelle otra pulsera para que se la probara. Ésta era una gruesa banda de oro con piedras rojas, probablemente rubíes, pero quizá granates. Amsah tenía una gran selección de joyas extendida sobre la cama y la chica llevaba una hora eligiendo nuevas joyas a juego con su ropa.

"Es preciosa -Michelle admiró la pulsera, sosteniéndola a la luz del sol que entraba por las ventanas para ver brillar las piedras. Nunca había tenido nada igual. Tenía un collar de oro con su inicial, regalo de su padre por su graduación universitaria, pero nunca había tenido una piedra preciosa. Y mucho menos cientos de ellas.

"Ooh -continuó Amsah-, ¿qué te parece esto? Creo que el azul iría muy bien con tus ojos". Le tendió a Michelle un ornamentado collar de oro con piedras verdes iridiscentes y grises azuladas. El collar parecía muy antiguo y Michelle no reconoció las piedras. Pero había algo en aquel collar que le hablaba directamente a ella.

Amsah ayudó a Michelle a ponerse el collar y le acercó un espejo para que pudiera admirarse. "Es perfecto", susurró Michelle. Las piedras se calentaban en su cuello, resaltando el destello azul cielo de sus ojos. La delicada cadena de oro enmarcaba su rostro y la hacía sentirse regia.

"También hay pendientes a juego -añadió Amsah, entregándole a Michelle un par de piedras azules en forma de lágrima engastadas en oro.

Michelle tuvo que meterse los pendientes por los agujeros casi cerrados de las orejas. Hacía mucho tiempo que no llevaba joyas. Aún tenía que acostumbrarse a la increíble montaña de joyas que Amir le había regalado como regalo de compromiso. Aquellas preciosidades habían pertenecido antes a su madre, a sus abuelas y sólo Dios sabía a cuántas generaciones de mujeres de su familia. Ahora le pertenecían a ella y un día, con suerte, pertenecerían a su hija o a su nuera.

Algunas de las bonitas baratijas de la cama eran nuevas. Cuando Michelle había descubierto por fin que quería ser la esposa de Amir, los preparativos de la boda se habían puesto en marcha y cada día recibía todo tipo de regalos de compromiso y de boda.

La tía Farah se había encargado de todos los arreglos con los proveedores de comida, de la organización de la boda y de las invitaciones. Michelle le estaba muy agradecida, pues ella

misma no sabía nada de organización de eventos, y mucho menos de organización de eventos en Samarra.

La principal preocupación de Michelle era su propia familia. No se consideraba una chica muy anticuada, pero siempre había soñado con que su padre la llevara al altar. Por desgracia, dos semanas no eran suficientes para que su familia volara hasta aquí. Samarra no era precisamente un centro de viajes internacionales.

Para llegar a la boda, sus padres y su hermana habrían tenido que volar de Texas a Dubai, y luego de Dubai a la capital, Sanaar. Sólo este vuelo planteaba problemas, ya que el aeropuerto de Sanaar cerraba ocasionalmente debido a disturbios políticos e incluso en tiempos de paz sólo ofrecía un puñado de vuelos a la semana. Desde Sanaar, su familia habría tenido que viajar en coche hasta la villa de Amir en Samarra. Sólo el viaje habría durado casi una semana si todo hubiera ido bien.

Michelle ya había aceptado que probablemente tendría que celebrar una segunda recepción, más pequeña, para su propia familia. Era imposible que pudieran dejarlo todo e ir a Samarra en dos semanas. Había hablado con sus padres por Internet y, aunque estaban sorprendidos, incluso conmocionados, se alegraban por ella. Su hermana estaba un poco más preocupada, pero Michelle se lo esperaba de Carmen. Carmen era, francamente, un hueso duro de roer. A Michelle no le sorprendió que el primer instinto de Carmen fuera pensar que estaba loca.

Sin embargo, Michelle no estaba preocupada. Sabía que en cuanto conociera a Amir y a su familia, Carmen le caería bien. ¿Cómo podría ser de otro modo? Eran gente encantadora y agradable. Estaba enamorada de Amir, y podía admitir abiertamente que probablemente era una de las personas más desagradables de su familia. Podía ser dominante y brusco, pero bajo su dura apariencia era un encanto, como el resto del clan al Abbas.

De hecho, nadie parecía tan entusiasmado con la boda como él. Amir había sido la mano derecha de Farah a la hora de acordarse de la gente a la que invitar, de los platos que servir e incluso de elegir un sastre para el vestido de Michelle.

Sin duda había hecho un trabajo excelente en ese sentido. El sastre que había confeccionado el vestido de Michelle probablemente podría haber hecho carrera en la alta costura si hubiera nacido en el lugar y el momento adecuados. El vestido era absolutamente impresionante. Era un caftán de aspecto moderno de gasa de seda color marfil que le colgaba de los hombros y la cubría de un modo que favorecía su cuerpo. Al caminar con el vestido, el material ligero como una pluma se movía alrededor de su cuerpo como una nube y la hacía sentir como una especie de ángel.

El collar y los pendientes azules y grises serían perfectos. Michelle ayudó a Amsah a recoger el resto de las joyas sobre la cama para que pudieran volver a guardarlas en el cofre. "Amsah - Michelle levantó un bonito collar de oro con un colgante de piedra verde en forma de corazón-, ¿quieres que te preste algo bonito para la boda?". Esperaba no estar sobrepasando sus límites ni haciendo nada que pudiera incomodar a la chica.

"Sería maravilloso. Gracias, Madame". Pasaron la hora siguiente revisando de nuevo todas las joyas, buscando algo que combinara con los rasgos de Amsah.

Acababan de decidirse por un bonito conjunto de jade cuando oyeron que llamaban a la puerta.

"¿Sí?", llamó Michelle. Toda la mañana habían estado en su habitación peluqueros, maquilladores y el sastre preparándola para el gran día. Sabía que se acercaba la hora de la verdad; podía oír cómo preparaban el banquete en el patio y cómo llegaban los invitados en cualquier momento.

Amir entró en su habitación con una amplia sonrisa.

"¡Amir!" se rió Michelle. "¿No sabes que da mala suerte que el novio vea a la novia antes de la ceremonia?".

"¿Mala suerte? Nunca lo había oído. Debe de ser una de vuestras retrógradas tradiciones americanas. Aquí necesitas que un pariente varón te acompañe a la boda, y como ya estamos casados, pensé que yo sería el más adecuado para el trabajo."

"Bueno", Michelle fingió pensar en lo que decía su marido, "no creo que el novio cuente como pariente masculino".

"En ese caso", Amir le dedicó una sonrisa que significaba que volvía a tener algo en la manga, "supongo que tendré que encontrar una alternativa adecuada entonces". Asomó la cabeza por la puerta y atrajo a alguien a la habitación.

"¿Papá?" Michelle casi se atragantó. Su padre sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

"Tu madre también está aquí", insistió. "Tu amigo, bueno, supongo que en realidad es tu marido, nos ha enviado un avión privado". La madre de Michelle se unió a su padre y ambos se apresuraron a entrar en el dormitorio para abrazar a su hija.

"Siento que tu hermana no haya podido venir", dijo su madre en medio del abrazo. "No podía escaparse de un caso que tiene que defender en el tribunal".

"No pasa nada", Michelle miró a sus padres, casi sin creerse que estuvieran allí de verdad. Se volvió hacia su marido. "Amir, muchas gracias".

"No llores", dijo él, abrazándola. "Arruinarás el maquillaje y tendremos que hacer esperar a todos nuestros invitados si tienes que arreglarlo", se burló, tendiéndole un pañuelo de papel.

Michelle se secó los ojos y se recompuso. "No queremos hacer esperar a nadie. Seguro que a los invitados a una boda les pasa lo mismo en todas partes; seguro que están ansiosos por llegar al bufé".

Amir se apresuró a ir a la enorme carpa del patio donde se celebraba la ceremonia. Amsah debía asegurarse de que Michelle supiera la señal de cuándo entrar con sus padres, dejando a la pequeña familia sola durante los pocos minutos previos al gran debut público de Michelle como novia.

"¿Es esto lo que realmente quieres?", le preguntó su padre, echando un vistazo al dormitorio. Con sus muebles de madera maciza, sus azulejos azules pintados a mano y su aroma a jazmín, era todo un cambio con respecto a su habitación de casa, amueblada con muebles de Ikea.

"Sí, papá", sonrió Michelle, intentando no volver a llorar. "Estoy enamorada de Amir y estoy deseando ser su esposa. Ya sé que os gustaréis cuando os conozcáis mejor".

"Sólo deseo que te mudes tan lejos de nosotros", replicó su madre, incapaz de reprimir las lágrimas. "¡No puedo creer que mi niña haya crecido y se vaya a casar pronto!".

"Mamá", Michelle puso los ojos en blanco y sonrió, "apenas soy una niña. Tú eres la que siempre cría bebés grandes".

"Sólo espero que el avión privado de Amir esté listo para nosotros", bromeó su padre. "¿Quién sabe? Quizá Samarra sea un destino de jubilación más atractivo que Texas. Me gusta este calor seco y he oído que aquí se juega muy bien al golf".

"Aquí sí que tenemos sitio para ti", dijo Michelle, dándose cuenta de que por primera vez miraba la casa de Amir como si fuera suya.

"¿Ya es hora?", preguntó su madre.

"Creo que sí", respondió Michelle.

"Cariño -le puso la mano en el brazo su padre-, sólo quiero que sepas que estamos muy, muy orgullosos de ti. No hay nada que deseemos más en la vida que veros felices a ti y a tu hermana".

Michelle volvió a contener las lágrimas. Eso era realmente lo que querían. Amir era eso, o más bien el que las había hecho felices. Sus padres la acompañaron a través del patio lleno de flores, pasando junto a varias mesas llenas de platos orientales de aspecto delicioso, por la puerta trasera hasta la enorme carpa blanca.

Cuando empezó a sonar la música, fue como si Michelle fuera transportada en una nube. Su padre la condujo por un pasillo bordeado a ambos lados por rostros sonrientes. La mayoría de los que no reconoció eran amigos, parientes y socios de Amir. Probablemente gente a la que llegaría a conocer en los próximos años.

También le sorprendieron gratamente algunas caras que reconoció. Todos los médicos de su clínica de Sanaar estaban allí, al igual que sus nuevas suegras y cuñados. Amsah estaba sentada delante, preciosa con las joyas que Michelle le había prestado.

No había rostro que emocionara más a Michelle que el de Amir. Después de todo lo que habían pasado juntos, encontrarse con Amir delante de la multitud de invitados era como volver a casa. Era su amante, su protector y, a partir de ese día, su compañero de vida. Estaba impaciente por empezar el siguiente capítulo de su vida como su esposa.

La ceremonia transcurrió con rapidez y Michelle no pudo recordar más tarde ni un solo detalle, aparte del beso que Amir le dio para sellar su matrimonio. Le llenó el estómago de mariposas y le hizo girar la cabeza. Si Amir no hubiera soportado todo su peso con su abrazo, podría haberse desmayado.

La recepción fue otra historia. Fue nada menos que mágica, con toda la comida, la música y los buenos deseos. Michelle y Amir rieron, comieron y bailaron toda la tarde hasta bien entrada la noche, antes de dar las gracias a todo el mundo y retirarse a sus habitaciones privadas.

"¿Te ha gustado mi sorpresita?", preguntó Amir, tumbándose en la cama. Los dos estaban tan agotados por la fiesta que lo único que querían era estar abrazados en la cama.

"Sí", respondió Michelle, y esta vez sonrió misteriosamente. "Pero no es tan bueno como el

mío".

Amir enarcó las cejas.

"Yo también he invitado a un invitado sorpresa", sonrió ella. Sabía lo del "invitado" desde hacía unos días, pero había estado esperando este momento para revelar su secreto.

"Vas a ser padre, Amir".





Copyright © 2018 por Ivy Winter

Todos los derechos reservados

El libro y ninguna parte del mismo pueden ser reproducidos en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

